CARTAS A ROMEO

Alba Pilar Cotano Angrino

Image not found.

Capítulo 1

Nota de la autora:

Los personajes que aparecen en este libro son inventados, no perdáis vuestro tiempo en intentar asignarles un lugar, porque las cosas son así. De todas formas muchos de los hechos y lugares que aquí se narran o describen son, o han sido, reales, en algún momento de la historia.

Quizá los personajes que aparecen sean ficticios, pero representan a cualquier persona, hombre, mujer o niño, que sufrió de alguna u otra manera, el tormento nazi en la Segunda Guerra Mundial.

Pensé que lo deberías saber, antes de continuar.

Quiero que conste:

Esta es una historia triste.

Todo comenzó con una llave, un baúl, una pluma y un beso robado.

La llave la llevó consigo durante mucho tiempo, guardada entre los pliegues de su vestido y más tarde, mucho más tarde, colgada de un fino hilo de su cuello.

El baúl lo utilizó de escondite. En él se escondió ella misma, sus sueños, sus hojas y sus palabras calladas.

La pluma la utilizó para escribir esas palabras.

Y por último fue el beso, aunque en realidad el beso fue el principio, sí, de algún modo así fue. Fue el último aliento de una vida, una vida ya olvidada, hace mucho, mucho tiempo atrás...

Quizá, después de todo, no tanto tiempo.

Pero esperar, me adelanto a los hechos, a hechos muy importantes. Las historias comienzan por su principio, no por su final. Y esta historia, como tantas otras, está escrita por palabras calladas en hojas de papel robado, en cartas de destino incierto cuyo propietario ha lanzado al viento esperando que algún día lleguen a su destino.

Aunque su destino no sea otro que el fuego del olvido.

Primera parte:

En donde hablaremos de las primeras cartas, la llave, el baúl, las Estrellas de David, los señores Montesco y Capuleto y la granja de los Vivaldi.

(No tiene por qué ser en ese orden precisamente, no lo esperéis así).

23 de marzo de 1942.

Querido Romeo:

Todo empezó con fuego, polvo y cenizas. El cielo se llenó de pájaros de metal que soltaban guijarros de llama negra y después, como cánticos infernales, los zumbidos del viento al ser cortado por aquellas máquinas voladoras dieron pasó a los gritos y sonidos de las ciudades muertas, destruidas.

Rías ardía y se consumía. Un humo negro y denso invadió el cielo y pronto, muy pronto, trajo consigo los olores de la muerte, la carne quemada y las vidas destruidas.

Todo esto pasó una noche, hace ya casi dos meses, una semana después de que yo abandonará Rías para esconderme en el sótano de la casa de la granja de los Vivaldi, cinco meses después de que se llevarán a mi padre.

Tengo pocos recuerdos de esa noche, y los que tengo no son agradables.

En mi mente se amontonan imágenes, recuerdo que me encontraba entre el sueño y la vigía constante, que los párpados me pesaban pero que era incapaz de dormir y después lo escuché, un zumbido lejano. Cerré los ojos con fuerza pensando que era producto de mi falta de sueño.

Me equivoqué, eso no tardaría en saberlo.

Pero recé para que así fuera aún cuando hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Claramente mis plegarías no fueron escuchadas y, si lo fueron, ningún ángel las cantó por mí.

Al día siguiente de la destrucción de Rías encontré a la señora Vivaldi llorando en silencio, en la cocina, sin emitir sonido alguno. Tenía los ojos rojos, la nariz goteando y la cara congestionada en un gesto de dolor.

Estaba completamente paralizada.

Yo tenía prohibido subir a los pisos superiores pero, al acabar aquella noche, tuve el impulso de salir fuera, de ver el sol y de sentir algo de calor en la piel.

Pero siento que te estoy contando esta historia desde el final, y no debería

ser así.

Una vez me dijiste que todas las cosas tienen un principio y al mismo tiempo un final, pero está vez no es así. Lo sé, me lo susurran las palabras cuando las escribo y el viento cuando lo oigo y...

Debo parar de escribir ya, la tinta y el papel son un bien escaso en estos días. Seguiré escribiéndote a partir de ahora regularmente.

Un saludo,

Julieta.

25 de marzo de 1942.

Querido Romeo:

Fue Alba quien me despertó aquella noche tras la destrucción de Rías.

También fue Alba quién me despertó dos meses atrás cuándo tuve que abandonar mi casa y huir.

Me gustaría hablarte sobre ella, antes de rememorar los sucesos que me obligan a escribirte estas cartas mal plegadas que guardo conmigo en todo momento con la esperanza de poder entregártelas algún día.

Eso me suena lejano.

Demasiado lejano.

Alba es pequeña, morena y tiene los ojos verdes de su madre. Es la menor de las hijas de los Vivaldi y, por lo que yo sé, tiene ocho años. Es la mejor compañía que he tenido aquí hasta el momento. Sus dos hermano mayores, Ronan y Annia, son como sombras a las que nunca consigo ver. Me gustaría poder hablarte sobre ellos, pero no puedo, al menos no por el momento.

No les conozco lo suficiente.

Aunque eso también es una mentira.

Hace dos meses fue Alba quien se arrodilló junto a mi cama mientras dormía, plácida y tranquila, y me puso una mano sobre la boca. Me sobresalte y estuve a punto de gritar pero entonces la niña se llevó un dedo a los labios y susurró:

- Shhh.

Y yo me calle y no dije nada. Baje los escalones de mi casa, la que tú conoces desde fuera pero a la que nunca has entrado, (ni podrás entrar, fue destruida junto con lo que quedaba de Rías hace dos meses). Encontré a mi madre pegada a la puerta de la cocina y a la señora Vivaldi sentada en la pequeña mesa de esta, sobre la única silla que teníamos.

Me puse tensa.

No sé si lo recuerdas pero los Vivaldis y yo nunca nos caímos del todo bien, al menos gracias al incidente que tuve con Ronan, y ver aquella mujer en la cocina me produjo cierta desconfianza, casi inmediatamente.

Casi...

- Julieta, siéntate, ya – susurró mi madre con brusquedad en una orden.

No entendí la gravedad de la situación en un primer momento, claro que no. Hacía cinco meses que se habían llevado a mi padre y aún no lograba entender por qué, aunque lo intuía.

Pero eso no era de extrañar, aún no lograba entender muchas cosas de las que había, estaban o iban a ocurrir.

Fue mi madre quien me explicó lo que me iba a suceder y me dijo, aquella noche, entre susurros, lo que estaba pasando.

Y por encima de todo el por qué mi padre no iba a volver, junto con ningún otro hombre judío de Rías.

Creo que eso fue lo que más me costó entender, que nunca más volvería a ver a mi padre. Mi madre se mantuvo serena durante todo momento, sería, quieta y hermosa. Habló despacio, pero sin pautas y cuando acabó fue la señora Vivaldi quién asintió, no yo.

Alba me agarró del brazo y lo estrujó con fuerza.

Aquella noche mi madre cogió toda mi ropa y la metió en la vieja maleta de cuero negro que nos había regalado la abuela dos años antes. No dijo nada mientras lo hacía, yo tampoco. Apreté los puños con fuerza, sintiéndome demasiado culpable, demasiado cansada.

Mamá era de origen católico, ella era cristiana, pero papá no, papá era judío y como él lo era, yo también.

Apreté la Estrella de David que mamá me había cosido a la manga del abrigo con fuerza, la apreté tanto que mis nudillos se volvieron blancos como la leche fresca, como la nieve pura. Lo hice tan fuerte que me dolió.

Fue mamá quien cogió todas mis chaquetas y comenzó a deshilar la Estrella de David de ellas. La Estrella que meses atrás ella misma había tenido que coser en los puños de todas ellas. No lloró en ningún momento y creo que eso me dolió.

Finalmente fue la señora Vivaldi quien dijo, en voz suficientemente alta:

- Nos debemos ir ya, antes de que amanezca.

Yo seguía en pijama, apenas cubierta por mi viejo abrigo y no tuve tiempo para cambiarme. Mi madre le entregó a la señora Vivaldi un sobre con dinero y las dos asintieron con solemnidad, después me dio dos besos y miró hacía el exterior de la calle, para ver si había alguien.

Me dijo:

- Recuerda bien todo lo que te he enseñado, recuerda.

Al salir de mi casa por última vez respiré el aire frío y cortado de la noche de la incipiente primavera. Un viento gélido me azotó las piernas y la cara y las piedras de la calle principal se me clavaron en las suelas de los zapatos. Los adoquines estaban resbaladizos y fríos aquella última hora.

La noche nos abrazó a las tres, a Alba, a la señora Vivaldi y a mí mientras escapábamos de Rías en silencio, sin hacer ruido, sin decir nada.

Podría decirte que ese fue el final, pero no, ya lo sabes.

Porque tres días después la SS se llevó a mi madre.

Nunca más la volví a ver.

Alba llega justo ahora con mi bandeja de comida, una ración de puré de patatas y agua, la oigo bajar peldaño a peldaño por la escalera. No quiero que me encuentre tan ensimismada con el lápiz y la hoja de papel en la mano, así que debo dejarte ya.

Siempre tuya,

Julieta.

“Cuando se nos comunicó por primera vez que nuestros amigos están siendo aniquilados, se escuchó un llanto de pánico.

Y después cientos fueron aniquilados.

Pero cuando se aniquilaron a miles, y el final de esa matanza no se veía, una cobija de silencio cubrió todo. Cuando suceden actos de maldad, como a lluvia, nadie le grita: ¡pare! Cuando los crímenes se vuelven amontar se vuelven invisibles.

Cuando el sufrimiento se vuelve inaguantable el llanto ya no se escucha más”.

Bertold Brench.

“También el llanto cae como la lluvia de verano”.

1 de abril de 1942.

Querido Romeo:

Ayer por la noche Ronan me despertó. Yo estaba escondida en el sótano, durmiendo con un sueño plácido, tranquilo, y difuso.

Tú aparecías en el, junto con París, cerca de mi casa, entre los rosales de las puertas del este y el norte, mucho antes de que sucediera todo esto. Cuando me hablabas tus palabras se las llevaba el viento y yo jugaba a encontrarlas y las perseguía.

Y al volverse París me robabas un beso y me sonreías con picardía cuando este volvía hacía nosotros.

Éramos felices en esa época, ¿no?

Ojala algún día volvamos a ella, podamos recuperarla.

Las palabras que Ronan pronunció y que me sacaron de mi ensoñación fueron las siguientes:

- Los alemanes avanzan.

Al escucharlas me incorporé y me di con fuerza contra la cornisa que servía para cubrir parcialmente mi pequeño escondite, una especie de brecha diminuta entre dos paredes tapada por un armario hueco y podrido.

A mi no me importa dormir ahí, huele a verano, a recuerdos y a bosque.

Quizá se deba a eso precisamente, a la madera podrida.

- ¿Cómo? - pregunté, aturdida, la boca me sabía a sangre, a confusión y a desesperanza.

- Italia caerá pronto, Julieta, ya ha caído, más bien, mamá dice que debemos irnos a España, allí el dominio nazi aun no ha llegado – me explicó.

Ronan se acercó hasta a mi, quitó de un empujón el armario y se acomodó a mi lado. Su presencia me incomodó un par de segundos. A mi mente vinieron imágenes de un verano olvidado hacía mucho tiempo, un manzano, un baile y una plaza.

Las borré inmediatamente.

Su pelo castaño estaba más largo de lo habitual y sus ojos oscuros parecían ciénagas. Me pregunte dónde se había ido el Ronan que había conocido antaño, que si había muerto junto con su padre, en la guerra.

- ¿Os marcháis? - pregunté, tragué saliva y respiré hondo.

Pero Ronan negó.

- No, ya no.

Y después se fue. Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente, pues no supe entender su significado.

A media noche me desperté, oí un fuerte ruido y me hice aun más pequeña, si cabía, dentro de mi escondite. Parecía un ovillo de lana enroscada sobre mi misma. Cada paso que escuchaba me ponía los pelos de punta y pronto comencé a escuchar con más fuerza los latidos de mi

corazón.

Era tarde, media noche.

Los Vivaldi nunca bajaban al sótano a esa hora.

Tenía miedo de que fuera la SS, de que me descubrieran y me matarán, de que me hicieran desaparecer para siempre y, al mismo tiempo, casi era un alivio.

Me había olvidado de cómo era vivir sin miedo, sin temer respirar o moverse, sin sentirme culpable por mi mera existencia, de salir a que me diera el aire o la luz del sol.

Me había olvidado de sentarme en los bancos públicos o de ir al colegio, de reírme con mis amigas o del sabor de los besos, de las caricias de mi padre o de las reprimendas de mi madre.

Me había olvidado de vivir, y me había cansado de eso.

Pero fue Alba quien apareció ante mi, con su pequeño cuerpo envuelto en una fina sabana, con sus ojos grandes abiertos de par en par.

Fue Alba quien, sin decir palabra, se acomodó a mi lado, enroscándose conmigo y calmó mis pesados sueños aquella noche.

Un saludo,

Julieta.

11 de abril de 1942.

Querido Romeo:

Hace unos días la señora Vivaldi me dio un regalo, pero, para ser sinceros, me dio tres.

El primero fue un baño. Hacía semanas que no me bañaba y tenía la piel sucia y curtida, el pelo mugriento y encrespado, y las manos roñosas y negras.

Bajó varios cubos de agua caliente hasta el sótano y una pequeña bañera y me obligó a desvestirme. Annia y Alba me ayudaron a limpiarme y yo les deje. No había tiempo para ser pudorosos y sentir vergüenza, pensé. Me dieron ropa nueva y quemaron la vieja, se llevaron la Estrella de David que cayó presa del fuego y de las llamas.

El segundo regalo fue la lluvia. Hacía semanas que no salía del sótano y mi cuerpo lo empezaba a notar, al igual que mi mente. Me estaba volviendo soñolienta, huraña y antipática, incluso con los que me estaban protegiendo. Solía soñar con muertes, sangre y desesperación. Alba era la única que conseguía calmarme colándose en mi cama por las noches obligando a que las pesadillas se disiparán durante algunas horas.

Pero al abrir los ojos la realidad se abalanzaba sobre mi.

El problema no estaba en mis sueños, el problema estaba en mi realidad.

La señora Vivaldi bajó al sótano ese día, junto con Annia. Sus palabras fueron claras, como la calma y el cielo despejado después de la tempestad.

- No hay nadie y está lloviendo, quizá podrías salir fuera.

Marta (la señora Vivaldi) se fue tras decir esto, subiendo despacio y con pesadez los peldaños de la escalera. Annia se quedó allí, quieta, mirándome y yo la contemplé.

No sé si la habrás llegado a conocer, Romeo, pero es igual que su padre. Tiene un porte elegante y los ojos rasgados, el pelo rubio le cae en delicados tirabuzones hasta la cintura y tiene una boca fina, destinada más a las muecas que a las sonrisas, pero tiene los ojos de su madre, unos profundos ojos verdes.

Me miró con parsimonia un par de segundos, y después me tendió la mano.

Era la primera vez que lo hacía y no pude reprimirme.

Lloré.

Después salimos las dos a la lluvia y estuve allí durante al menos diez minutos. Mojé mi cabello castaño y mi vestido prestado y las gotas de lluvia se juntaron con mis lágrimas. Aspiré el aire frío y caído de la incipiente primera, vi los colores verdosos que nacían en el campo abierto y escuché mi propia risa cuando Annia se tropezó y calló sobre mi y ambas nos cubrimos de barro.

- Eres muy torpe – reí yo.

Y Annia se sonrojó e hizo una mueca que después se convirtió en una sonrisa.

- Venga ya, ¿tú has notado como estabas caminando? Ibas a caerte en cualquier momento – dijo entre carcajadas.

Y después la lluvia cesó y el sol volvió a salir y yo volví al sótano, sonriendo, pensando que todo acabaría, que, al final, todo saldría bien.

Era una esperanza, un sueño, más que una realidad. Era mi propia vida,

convertida en un suspiro.

Y el último regalo fue un cofre. Dos días después de la lluvia Marta apareció por el sótano. Llevaba mi comida en una bandeja y el pelo negro recogido en una coleta alta y regía.

Dejó la bandeja en el suelo y me ordenó:

- Ven.

Y yo obedecí. Salí arrastrándome hasta llegar a ella. Me levanté con cuidado, quitándome el polvo y la mugre del vestido.

- He visto que tienes una llave, ¿no? - me preguntó.

Yo abrí la boca para responder y después la volví a cerrar. Me pregunté cómo lo había descubierto. La había guardado celosamente desde mi llegada aquella casa entre los pliegues de mi vestido, en la palma de mis manos desnudas.

Romeo, ¿te acuerdas de aquella llave?

No te preocupes, yo te ayudaré a recordar.

Piensa en una tarde de invierno. Estamos los dos solos, frente a la puerta de tu casa, la cual tiene un cartel que pone: “Montesco”. Me susurras al oído, muy despacio:

- Feliz cumpleaños, Julieta.

Y me coges la mano y me das la vuelta con suavidad, haciendo un giro sobre mi misma, cuando he vuelto al lugar donde estaba tengo algo en la palma de la mano, es duro, frío y pequeño.

- ¿Qué es? - te pregunté.

Es la llave que abre mi corazón, te la estoy dando a ti, sé que la guardarás bien.

En ese momento no importaba nada, no importaban las religiones, ni las razas, ni nuestros lugares de procedencia, solo importábamos nosotros dos.

La señora Vivaldi me puso una mano sobre el hombro y me dijo, con voz

suave y melosa:

- También he visto que escribes cartas, Julieta y que no tienes dónde guardarlas. Tengo un viejo baúl arriba, yo no lo utilizó y tampoco lo hacen los niños, pero sí quieres, puede ser tuyo. Allí podrás guardar las cartas y tiene un pequeño candado, con suerte, la llave encajará.

Cuando la señora Vivaldi regresó portaba con ella el pequeño baúl de madera con bisagras doradas y el candado envejecido y metálico, yo me arrodillé junto a el y con manos temblorosas acerque la llave hasta él y la introduje en la cerradura.

Se escuchó un leve chasquido y la cerradura del candado cedió.

Aquellos fueron mis tres regalos.

Un saludo,

Julieta.

21 de abril de 1942.

Querido Romeo:

Ronan volvió al sótano algunos días después de que yo recibiera el baúl de regalo por parte de su madre. Me sentía más tranquila sabiendo que, por lo menos, pasará lo que pasará, las cartas se mantendrían seguras y a salvo.

Su cara estaba congestionada en muecas de horror y espanto y tenía el ceño fruncido. Lo supe en cuanto lo oí, con pisadas fuertes y enfadadas, lo supe en cuanto lo escuché, con voz grave y asustada.

- La Gestapo está revisando las casas de los alrededores, vienen hacía aquí. Están revisando los sótanos – sus palabras salieron a trompicones, deprisa y corriendo. Parecía que le quemaban la garganta y le herían la piel.

Yo fruncí los labios.

- Me esconderé – le prometí -. No me descubrirán.

Ronan se acercó hasta mi y me abrazó. Sus brazos eran cálidos y fuertes y yo me sumergí en ellos, me sacaba apenas cinco centímetros y era un año mayor que yo. Después se apartó y me susurró:

- Suerte, Julieta, suerte.

Esperó hasta que volví a esconderme y me pasó una pequeña lámpara de queroseno.

- No la enciendas – me advirtió, y yo asentí – es por si acaso.

Aquellas palabras me turbaron, Romeo, ¿por si acaso qué?

Empujó el armario y yo quedé sumida en la oscuridad, encogida sobre mi misma. Me pregunté si los nazis olerían el miedo, si así era, estaba perdida.

No sé cuanto tiempo transcurrió hasta que los oí, con voces fuertes y acentos marcados. Hasta que descendieron al sótano, no me di cuenta de cuan pesada era su influencia sobre mi. No podía moverme, ni respirar.

Si me movía, estaba perdida.

Si hacía algún ruido, me descubrirían.

Como pueden comprobar por aquí solo tenemos chatarra vieja que ya no utilizamos – la voz de la señora Vivaldi surgió de pronto, frenando el torrente de palabras alemanas que no entendía. Hablaban demasiado rápido, demasiado fuerte.

Alguien carraspeó la garganta.

- ¿No le molestará que lo comprobemos por nosotros mismos, no? - aquella petición era una orden revestida de pregunta.

No escuché la respuesta de Marta y los soldados alemanes empezaron a rebuscar por el sótano. El armario que me cubría no era muy grande, estaba hueco y tenía un fondo falso el cual me servía de puerta pero aquella madera era fina y si me movía o hacía algún ruido me descubrirían.

Yo sabía eso.

Los Vivaldi también lo sabían.

Me pregunté por qué me seguían acogiendo, qué ganaban con eso. Arriesgaban la vida por alguien que apenas conocían. Era una boca más que alimentar en una familia que apenas llegaba a fin de mes.

Entonces escuché un ruido cerca de mi. Un soldado alemán había abierto el armario. Aguanté la respiración, a la espera, expectante.

- ¿Vacío? - dijo, sorprendido.

Oí como varios pasos más se acercaban hasta el lugar donde la voz del soldado había surgido.

- Vacío – dijo la otra voz, su acento era menos marcado y su voz algo más aguda – mirar por dentro a ver lo que hay.

Mi mayor temor se estaba haciendo realidad, descubrirían el fondo falso. ¡Sería el fin! Una lagrima rodó por mi mejilla y se depositó en el dorso de mi mano.

- Agentes, allí dentro guardaba este baúl – Annia dijo eso en un susurro, algo parecido a un murmullo -. Yo, esto... esas cartas son para mi novio, se ha ido a la guerra y se las envió al final de cada mes, las guardaba allí para que mi madre no las descubriera.

Casi pude oír como los colores se le subían a Annia dejando sus mejillas sonrojadas.

Después las risas por parte de los soldados alemanes estallaron.

¿Es así, jovencita? - preguntó uno de ellos, el del acento poco marcado.

Es algo vergonzoso, pero sí – aseguró Annia, su tono de voz era tímido y serio, sonaba convincente, aunque no sabía si eso era suficiente.

Escuché como los pasos se alejaban de mi.

- ¿Me las dejas ver? - preguntó aquel hombre.

Fruncí los labios. Tenía los ojos abiertos y la oscuridad me envolvía.

Todo era negro.

- No puedo, señor. Son privadas – respondió Annia.

Su tono de voz era el adecuado, era confuso y algo adulador. Quise salir de mi escondite y abrazarla. Tuve esa extraña sensación entre pánico, miedo y valentía que empuja a los hombres hacer cosas valientes y arriesgadas.

Y maravillosas.

Pero, al mismo tiempo, tuve una horrible corazonada.

- Para la Madre Patria que es Alemania no hay nada privado – dijo el soldado, con voz dura, cortante y fría.

Escuché como alguien más se alejaba de mi y sacaba algo metálico, pesado y frío. Oí el momento preciso cuando la bala cortó el aire al rededor de todos he impactó en la frente desnuda de Annia que cayó hacía delante, con los ojos abiertos de par en par.

La señora Vivaldi se puso a gritar y a llorar, histérica y escuché golpes secos y risas y pisadas que se alejaban cada vez más y más subiendo los peldaños de la vieja escalera.

Cuando salí de mi escondite, pasadas varía horas, Annia seguía tendida sobre el frío suelo de baldosas con un pequeño agujero en la frente. Se veía indefensa, blanca e inocente de esa forma. La muerte no le había robado la belleza, la había intensificado y endulzado.

Llame a gritos a Marta, Ronan y Alba, pero nadie me respondió.

No sabía dónde estaban, me habían dejado sola y no sabía si regresarían alguna vez.

Un saludo,

Julieta.

“Cuando los nazis vinieron a llevarse a los comunistas,

guarde silencio, porque yo no era comunista.

Cuando encarcelaron a los socialistas,

guarde silencio porque yo no era socialista.

Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas,

no proteste porque no era sindicalista.

Cuando vinieron a buscar a los judíos,

no proteste, porque yo no era judío.

Cuando vinieron a buscarme a mi,

no había nadie más quién pudiera protestar”.

Martin Niemöller, Pastor Aleman.

3 de mayo de 1942.

Querido Romeo:

Te hablo desde la desesperación.

Te hablo desde la tristeza.

Nadie ha vuelto, no han regresado, ni Alba, ni Ronan, ni Marta. Dudo que lo hagan alguna vez, pero yo continuó esperando.

Paso mis días entre un sueño sin sueño cargado de pesadillas y una realidad oscura y penetrante. ¿Quién soy ahora? Me pregunto.

Soy una sombra que se arrastra, algo malo que han de limpiar.

¿Cuándo empezaron a pensar así? ¿Por qué las personas creyeron eso? ¿Tan poderosa era la voz que lo decía que echaron por tierra el sentido común de los propios hombres?

A veces pienso en el perdón, y lo desecho. Me es imposible perdonarlos, ya no. No después de todo lo que ha pasado.

He tenido mucho tiempo para pensar, quizá demasiado tiempo.

Vivo sin vivir en un lugar que ya no se puede llamar “mundo”, es un reino de angustia, un desierto de hombres. ¿Cuándo empezaron a rebajarnos? ¿Cuándo dejaron de considerarnos iguales?

¿Es cierto, Romeo, qué yo no soy igual que tú?

¿Soy algo malo, algo podrido que han de exterminar? ¿Hacerlo desaparecer, quizá?

¿O lo son ellos?

Recuerdo la primera vez que fui al colegio con la Estrella de David cosida en la manga de mi viejo abrigo. La clase se apartó de mí con brusquedad, Marga, que también era de origen judío, estaba sentada, en un rincón, apartada. Mis compañeras, mis amigas de juegos y de risas, nos hicieron a un lado.

Sus caras mostraba dos expresiones: pena y asco.

Ambos sentimientos eran sucios, eran inmerecidos.

¿Por qué sentís pena de mí si sois vosotras quienes me dais la espalda?

¿Por qué sentéis asco de mi si somos iguales, hijas de un padre y una madre, de un mismo país, hermanas de juegos de la infancia?

Aquel día volví a casa llorando, lo recuerdo bien, lagrimas surcaban mis mejillas con asombrosa rapidez. Abrí la puerta de mi casa y después fue mi padre quien me consoló, frente al fuego cálido de la chimenea. Me dijo:

El mundo se está volviendo loco, Julieta, pero no has de apurarte, el agua volverá a su cauce.

Y yo no asentí.

Ahora ya no hay fuego, ni caricias, ni consuelo. Ahora hay frío y humedad, ahora hay odio donde antes había amor. ¿Ves lo que hacen las guerras con el hombre, Romeo? Lo destruyen desde dentro, le dictan palabras que han de aprender a repetir, pues de ellas de pende su vida.

Hace tiempo lo leía en las calles de Rías: Judíos.

Judíos.

Judíos.

¡Fuera los judíos!

Lo leía en los bancos, en las bibliotecas, en las cafeterías, librerías o tiendas. Estábamos apartados, marginados. ¿Cuándo pasamos a estar así? ¿Qué hicimos para merecer esto?

Me gustaría poder llorar, pero me hes ya imposible, creo que no me quedan lagrimas que derramar y mientras te escribo todo esto el cadáver de Annia sigue tendido en el sótano y su belleza comienza a desmoronarse, como una flor, en invierno, está destinada a desaparecer y

el silencio lo invade todo conforme avanzo dibujando letras sobre este papel robado.

Acabo con estos versos de un poema que yo misma he inventado:

Me gustaría comer,

no como.

Me gustaría soñar,

no sueño.

Me gustaría llorar,

pero ya no me quedan lagrimas que derramar.

Un saludo,

Julieta.

8 de mayo de 1942.

Querido Romeo:

Hoy Ronan y Alba regresaron. Volvieron después de tanto tiempo con los ojos rojizos y la cara hinchada por los golpes recibidos.

Alba lloró cuando abrió el pequeño escondite y me vio encogida allí. Los pasos me habían alarmado, pensaba que la Gestapo había vuelto a por mí.

Me escondí.

Al vernos se tiró a mis brazos, me abrazó y lloró desconsoladamente. Sus grandes ojos ya no brillaban y me di cuenta de que ahora eran las pesadillas quienes poblaban sus sueños. Ronan se acomodó a mi lado, hundió su cara en mi espalda y lloró en silencio.

El llanto de Alba era sonoro, era el de una vida apagada.

El llanto de Ronan era frío, era el de una vida terminada hacía mucho, restos de algo que jamás volvería.

Yo no lloré, me mantuve fuerte, firme y erguida. Deje que su tristeza me golpeará, me sacudiera y me hiciera fuerte. Yo sería su sustento, yo sería su protectora. Yo sería su pilar.

No los dejaría solos, me prometí, pues sería su faro encendido en medio de una tormenta en el mar.

Alba se durmió en mis brazos y entonces fue cuando Ronan comenzó hablar. Miró a su alrededor, confuso y triste y me preguntó con un murmullo.

- ¿Y Annia?

Algunos días antes había arrastrado a Annia por las escaleras, llovía y no había ni un atisbo del sol. Arañe la tierra hasta que me sangraron las manos y enterré a Annia en la granja donde su familia había vivido durante tanto tiempo. No había pensado que volverían, pero era un alivio,

una alegría, una esperanza.

- Enterrada – le contesté yo, simplemente.

- ¿Dónde? - levantó las cejas, su tristeza se acentuó.

- En el jardín, en la parte de atrás, debajo del sauce – le expliqué.

Ronan asintió y yo le sonreí.

- Has hecho bien – dijo.

Yo no le pregunté que les había pasado el tiempo que habían estado fuera y él tampoco me preguntó a mí cómo había enterrado el cadáver de su hermana mayor, o si alguien había ido a la casa o si alguien me había visto.

A veces, el silencio era la mejor respuesta.

Un saludo,

Julieta.

18 de mayo de 1942.

Querido Romeo:

Vivo en una clandestinidad poco convencional. Desde que Annia murió y Marta desapareció Ronan se dispuso a encontrar trabajo.

Finalmente lo encontró.

Trabaja en una fábrica a las afueras de lo que antes del bombardeo fue Rías. Las noticias no son buenas, los alemanes siguen ganando, los aliados pierden, Rusia avanza.

¿Dónde estás, Romeo? ¿Estás bien? Cuando pienso en ti siento un nudo en la garganta y un vacío en el corazón. Te escribo, pero nadie lee mis palabras, ni siquiera tú. Al menos no por ahora.

Me ocupo de la casa y de Alba. Subo a los pisos superiores y limpio y hago la comida y la cena pero, en el momento en el que escucho alguna clase de ruido vuelvo corriendo al sótano y Alba cierra mi pequeño escondite arrastrando el armario con fuerza y yo me acomodó y me quedó allí durante horas.

El tiempo cada vez es mejor, pero yo nunca salgo afuera. El sol ya no calienta mi piel, no soy capaz de oler las flores frescas, ni de escuchar el sonido de los pájaros. Pero estoy viva y estoy con ellos.

Por el momento eso me basta.

Hemos decidido que seguiremos así, Romeo, hasta el fin de esta guerra absurda. La comida escasea, no hay ropa y la granja recae, cuando Ronan vuelve de la fabrica se ocupa de ella, pero ya no es lo mismo, nada es lo mismo.

Alba me ayuda a mí, ¿pero quién le ayuda a él? Me recuerda a los perros abandonados en las calles, desamparados.

Ayer me trajo una noticia que me llenó de terror y espanto.

Hay campos, Julieta. El rumor ha corrido más que los alemanes y no han

podido pararlo a tiempo – me dijo Ronan.

Estábamos sentados en el sótano, alrededor de una pequeña mesa que él mismo había construido para mí.

¿Campos? - repetí, extrañada -. ¿De qué hablas Ronan, qué campos?

Campos para judíos, campos para todos. Los nazis los han levantado y envían allí gente a morir o a trabajar – a medida que hablaba sus palabras se hacían duras y oscuras.

Yo me tapé la boca con la mano de puro espanto.

¡Eso es horrible! - exclamé.

Ronan frunció los labios.

Estamos pensando en levantarnos, Julieta – dijo.

¿Cómo? - pregunté.

La gente de la fábrica, de los alrededores, están hartos de los alemanes, de Hitler, de los nazis. Quieren luchar y levantarse y resistir. Estamos empezando a movernos.

Ronan, ¿tú también?

Ronan asintió.

¡Estáis locos! - grite y al momento cerré la boca -. Os matarán a todos – dije en voz baja.

Puede, pero estamos hartos – respondió.

¿Tan hartos cómo para morir? - reí con amargura.

Mejor morir de pie que vivir de rodillas – masculló -, pensé que tú lo entenderías, pero veo que me equivoqué.

Después de decir esto Ronan se levantó de golpe, arrastró la silla, la cual rechinó contra el suelo de piedra y subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Yo me tapé la cara con una mano y con la otra apreté la llave del baúl y de tu corazón.

Me pregunté que iba a pasar.

Y no hallé respuesta alguna.

Un saludo,

Julieta.

5 de junio de 1942.

Querido Romeo:

Hoy es el cumpleaños de mi madre, la cuál no lo celebrará, pero yo lo haré por ella. Te ayudaré a recordar como era pues quizá, después de tanto tiempo, la hayas olvidado, después de todo tu familia, los Montesco, fuisteis los primeros en desaparecer aunque no eráis de origen judío.

¿Dónde fuisteis? Me pregunto. ¿Por qué no nos llevaste contigo?

Cuando llegaba su cumpleaños papá y yo nos levantamos temprano y hacíamos un pequeño pastel para los tres, se lo llevábamos a la cama y cuando ella abría los ojos se topaba con nuestra mirada y nos sonreía.

¡Qué sonrisa, Romeo!

¿La ves? ¿La puedes ver?

Era deslumbrante y hermosa como ninguna otra, era bella, era tierna y era sincera. Sus ojos verdes se arqueaban hacía arriba y se formaban pequeñas arrugas por su frente, mi padre se inclinaba hacía ella y le besaba los labios y el cuello y yo los contemplaba con amor.

Amor, que palabra tan vacía suena ahora para mí.

Amor, que palabra tan cruel debe ser.

¿Qué es el amor, Romeo?

Juraste que me lo enseñarías, que cumplirías tu promesa, me lo prometiste, pero no ha sido así.

Espero que cumplas con tu palabra.

Un saludo,

Julieta.

17 de junio de 1942.

Querido Romeo:

La gente comienza a moverse en silencio, en las sombras de una Italia anhelante se alza la llama de la libertad. Antes no lo creía, pero ahora sé que es cierto.

Luchamos en silencio, entre sombras, pero eso no nos hace criminales, ni héroes, nos hace supervivientes.

Nos hace humanos.

Me gustaría contarte todo lo que ha pasado, pero me hes imposible resumirtelo en unas pocas líneas. Quiero pedirte perdón si encuentras este texto confuso, pero estoy contenta, feliz.

¡Hay una salvación! ¡Una oportunidad!

Ronan y sus compañeros de la fábrica se unieron hace poco a una pequeña resistencia, con ayuda de algunos clérigos de la zona y poderosos crean documentos falsos para las familias judías y todo el que lo necesite. Nos hemos enterado de que hay más gente como nosotros, gente que lucha y que cree y que esconde a otros en sus casas, en sus sótanos y desvanes.

Quizá todo salga bien, al final.

Quizá no deberíamos perder la esperanza.

Pero tengo que confesarte algo: tengo miedo. Miedo de que algo salga mal, de que descubran a Ronan y se lo lleven lejos, de dejar a Alba sola y desamparada.

Quiero ser fuerte y lo intento, pero a veces no es fácil, a veces no lo consigo.

Hace poco apresaron a los Vultoni, nosotros solíamos jugar con sus hijos en el parque, ¿te acuerdas, Romeo?

Ronan me contó que habían sido acusados de traición y que se los llevaron a la plaza y los fusilaron a todos. Un vecino saltó ante tal horror y a él también lo mataron.

Viven por y para el miedo, por el odio y la venganza.

Nosotros somos mejores que ellos, lloraremos a nuestros caídos y

muertos una vez que esto termine, una vez que haya paz, no antes.

Un saludo,

Julieta.

22 de junio de 1942.

Querido Romeo:

Ayer soñé con mi padre.

Soñé con sus manos grandes, rudas y ajadas abrazándome con fuerza. Sentí su penetrante olor a pieles curtidas y a cuero, sus penetrantes ojos clavados en los míos.

Pupila contra pupila.

Alma contra alma.

Recordé, pues, nuestra antigua forma de vida, nuestros rezos a hurtadillas y nuestras oraciones clandestinas. Mi padre, que era un hombre muy devoto con su religión, solía intentar que yo fuese igual a él. No desistió en su esfuerzo, se lo llevaron así.

Siendo él.

Eso, en cierta manera, me alegra.

Solíamos rezar el Sema, lo que para ti, de algún modo, debe ser el Padrenuestro, en momentos de intimidad, encerrados en casa, con las persianas bajadas y las cortinas corridas. Aquello me acercaba a mi padre espiritualmente y mi madre nos escuchaba en silencio, con los ojos cerrados, callada y hermosa a partes iguales.

Siempre hermosa.

Pero nos ocultábamos, creo que, ahora que soy capaz de pensarlo con detenimiento, mi padre tenía miedo.

Miedo por mi.

Miedo por mi madre.

Porque no quería que nos encontraran, porque no quería que nos destruyeran.

La última imagen de aquel sueño reconfortante, extraño y maravilloso a partes iguales fue la de la Estrella de David ardiendo en el fuego, entre las llamas, consumida y desvalida, como mi propia vida.

Mi anterior vida.

Siempre tuya,

Julieta.

“Nos obligaron a poner un remiendo de vergüenza en el lado izquierdo de la ropa. Este remiendo era una Estrella de David, sobre la que estaba

escrita la palabra “judío”.”

Moshé, 16 años, Holanda.

2 de julio de 1942.

Querido Romeo:

El verano avanza con paso lento y el calor se vuelve insoportable. En el sótano hay humedad y no sé cómo puede llegar afectar esto a las cartas.

Últimamente me encuentro débil y mareada, tengo pequeñas fiebres y Ronan me obliga a permanecer en la cama. Dice que este lugar acabará por matarme. Yo no le doy la razón en absoluto.

Es este lugar el que me ha salvado.

Aún así parece ser que estoy empezando a ser presa de alguna enfermedad y temo que esto continué así. No hay dinero, no hay medicinas y a penas tenemos comida.

Además, no hay ningún médico que pueda reconocerme. Mi existencia es un secreto profundamente arraigado en los corazones de los Vivaldi y debe seguir siendo así....

Debo parar ya de escribir, no tengo fuerzas para continuar.

Un saludo,

Julieta.

1 de agosto de 1942.

Querido Romeo:

Hace tanto que no te escribo que coger el papel y la pluma me supone un gran esfuerzo. He estado presa de la enfermedad y he salido bien parada de ella, pero con ayuda, claro está.

Tuve altas fiebres durante días y alucinaciones. Tuve sueños lejanos olvidados en mi mente hacía mucho, tuve ilusiones pasajeras y paisajes inventados. Fui dichosa en mi mundo imaginario.

Era feliz, era perfecto, eran sonrisas olvidadas hacía mucho tiempo porque estaba encerrada en mi mundo ideal.

Pero me moría...

No era capaz de comer, ni de beber y el sudor frío solo me provocaba más fiebre. Ronan y Alba me subieron al antiguo cuarto de Annia y permanecieron a mi lado en todo momento. A veces sentía sus manos sosteniendo las mías y eso me reconfortaba.

Pero mi estado no hacía más que empeorar y al final Ronan tomó una decisión y llamó a César, un médico ambulante cuyo consultorio antes había estado en Rías.

Vino cuando estaba despierta, abrió la puerta y me vio. Mi familia había sido paciente suya desde el momento de mi nacimiento y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¡Santa María! - exclamó, vino corriendo hacía mi y se postró a los pies de mi cama -. ¡Oh Julieta, hija mía, sigues viva!

Ronan carraspeó la garganta.

No durante mucho tiempo si no la ayuda, César – le dijo.

Yo no era capaz de hablar, la boca me sabía a sangre y estaba demasiado débil, pero sonreí de todas formas.

César no nos cobró nada y nos regaló algunas medicinas que necesitaba. Me dio besos en las manos y me prometió que volvería, que guardaría nuestro secreto.

Yo le sonreí y le creí.

¿Eso estaba bien, no? Confiar en las personas que te habían visto crecer era algo bueno pero, muy en el fondo, vi destellos de miedo en los ojos de

aquel hombre. No le dí importancia y me tomé las medicinas.

<<Confiar está bien – me recordaba -, porque todos luchamos por un mismo objetivo>>.

Un saludo,

Julieta.

Interludio, 27 de enero 1945:

Una niña se levanta entre las ruinas de un Campo de Concentración. Cuando mira a su alrededor no hay nada, tan solo escombros y ceniza. Los aliados avanzan hacía ella y le preguntan cosas en una lengua extraña

que ella no logra comprender.

Ella es escuálida, demasiado delgada y bajita para una niña de su edad. Un soldado se arrodilla junto a ella y recoge un baúl pequeño con bisagras doradas, la niña corre hacía él y se lo arrebata de las manos, se arrodilla y lo esconde detrás de ella.

El soldado se acerca y le pasa una mano por el pelo sucio y oscuro, en sus muñecas huesudas hay números tatuados; los ojos de la niña son enormes, inmensos y en su cuello, en un fino hilo, cuelga una llave que una vez abrió ese baúl, que una vez perteneció a otra persona, que una vez prometió ser capaz de abrir un corazón.

Segunda Parte:

En donde hablaremos sobre una traición, un tren, un violín, una casa

sombría y una despedida.

(No tiene por qué ser en ese orden precisamente, no lo esperéis así).

23 de agosto de 1942.

Querido Romeo:

Los días son largos y las noches son cortas, los pájaros cantan cuando sale el sol y las luciérnagas brillan con los destellos de la luna. Hay sangre derramada en los caminos de tierra del mundo y personas que intentan limpiarla echando piedras encima de ella.

Alba me ha cortado el pelo y ahora mi melena castaña me llaga hasta los

hombros, el pelo lacio comienza a rizarseme en las puntas hacía dentro.

El sótano...

Acabo de escuchar algo, pasos, pisadas, alguien viene hacía aquí.

No son los pasos de Ronan, son mucho más fuerte, son varios, arrastran botas pesadas por el suelo.

He de dejarte ya, he de esconderme en el pequeño fondo falso de mi armario falsamente empotrado.

Siempre tuya,

Julieta.

24 de agosto de 1942.

Querido Romeo:

La traición y el engaño son los mayores pecados del hombre.

Nos han traicionado vilmente y ahora nuestras vidas penden de un hilo.

¿Adónde vamos? No lo sabemos. ¿Qué ocurrirá? Tampoco.

Quizá esta carta te resulte confusa, no temas, te lo explicaré, desde el principio, estate atento, pues quizá te pierdas, pero mis palabras te

guiarán.

Cuando escuché los pasos me escondí, como ya era mi costumbre. Cogí la lámpara de queroseno y el baúl y los metí dentro del fondo falso del armario y aguarde. Tenía una mala corazonada. El corazón me latía violentamente contra el pecho. Las paredes de mi escondite me resultaban pequeñas, frías y parecidas a las de una tumba.

Algo iba mal, y lo sabía.

Escuché pasos duros y palabras afiladas y alguien se acercó hasta el armario.

¡Ahí dentro no hay nada! - rugió Ronan.

Su voz surgió de entre las sombras con fuerza y yo me acordé de los últimos momentos de la vida de Annia. Cerré los ojos con fuerza. <<¡No! - gritaba en mi mente -. ¡Marchaos! ¡Iros! ¡Dejadnos en paz!>>.

¿Es ahí, doctor? - reconocí aquel acento al instante, era el mismo soldado alemán que había matado a Annia.

Me mordí la lengua y abrí los ojos. <<¿Doctor? - pensé, horrorizada -. ¡No, no puede ser! No... ¿No?>>.

La voz de César dejó claro que no me estaba equivocando.

Es allí dentro, general, hay un fondo falso dentro del armario – explicó.

Escuché como abrían el armario y quitaban la tapa del fondo falso, la luz me cegó unos instantes.

Mi mandíbula tembló.

Mis manos temblaron.

Mi cuerpo tembló.

Me sacaron arrastras entre risas grupales y monstruosas y yo me mordí la lengua para no llorar. Podían matarme, podían torturarme, pero no verían el sufrimiento que buscaban en mi rostro. Ronan se acercó a mi, pero no dejaron que me tocará.

Tú también nos acompañarás – le dijeron -, recoge tus cosas muchacho, y

trae a tu hermana contigo.

Le habló con un tono de voz normal, pero estaba revestido de odio, vergüenza y asco. Yo levanté el rostro y miré hacía César, había sido el médico de mi familia desde que había nacido, había prometido guardar nuestro secreto.

Le mire con odio, un odio que jamás creí que podía aguardar una persona, pero el me sonrió con pena.

Era mi deber – dijo, con sencillez -, era mi deber – volvió a repetir, y sonrió.

Y yo volví a ver, por última vez, aquel brillo de miedo en sus ojos.

Los humanos somos animales y tenemos miedo de morir de forma violenta, por eso nos comportamos así.

César tenía miedo de morir y para salvarse él nos traicionó a nosotros.

Romeo, te escribo esto desde un coche, sentada en la parte de atrás, a mi izquierda está Alba, con los ojos grandes abiertos de par en par, a mi derecha Ronan, con los puños apretados. A mis pies está el baúl que contiene mi tesoro más preciado y en mis manos el objeto que lo puede abrir.

Quizá esta sea la última carta que te escribo.

El futuro es incierto, el pasado anhelante y el presente sombrío. ¿Cuántos caerán y volverán a levantarse? ¿Quién los guiará en sus últimas luchas?

Y mientras el telón cae haciendo de esta quizá mi última función te espero, da igual el lugar o el momento, yo te espero y siempre te esperaré, por muchos años que pasen, por muchas cosas que ocurran, el sol seguirá brillando cada mañana y hará frío o calor y las luciérnagas brillarán.

Lucha, si así lo deseas, pero antes vive, pues vivir es la mayor esperanza, la mayor alegría, lo que nos permite ser humanos.

Recuerda, por encima de todo, que si aún existimos en los recuerdos, permaneceremos vivos en los corazones de quienes nos amaron.

Siempre tuya,

Julieta.

“Querido diario:

Hoy se recibió la orden de que todos los judíos deben usar el parque amarillo con forma de estrella. La orden dice exactamente de qué tamaño debe ser. Se debe coser el parche sobre toda blusa, saco o abrigo... me encontré con varias personas con parche amarillo. Ellos estaban tristes y caminaban con las manos sueltas”.

Eva, 13 años, Hungría.

26 de agosto de 1942.

Querido Romeo:

La esperanza se desmorona, se funde, se desdibuja y se escapa de entre mis dedos como el polvo y la arena. Estamos vivos, pero no a salvo, estamos juntos, pero no somos libres.

Vivimos presos de nuestras propias cadenas y carencias y ahora el sol parece brillar con más fuerza para intentar darnos ánimo.

Estamos en Trieste, una cuidad obrera de Italia a la que jamás pensé visitar. Es triste y sombría y en ella se alzan muros de hormigón y opresión. Anoche llegamos a lo que desde hoy conoceríamos como hogar.

Dormimos y comemos en un conjunto de edificios de ladrillos a los que llaman La Risiera di San Sabba.

No sé dónde está Ronan, o si está vivo o muerto, al llegar, nos separaron de él y nos dejaron juntas a Alba y a mi. Antes de que los soldados alemanes se lo llevarán nos dio un abrazo, tanto a su hermana como a mí. Frunció los labios y apretó los puños. Sacudió la cabeza una última vez y

me dí cuenta de que había crecido.

Ahora era más alto que antes, había dejado de ser un niño, se había convertido en un hombre.

Protegela, Julieta – me pidió con los ojos humedecidos – no dejes que le hagan nada, por favor, por favor...

Esas últimas palabras me atormentan, Romeo. ¿Cómo voy a proteger a alguien si apenas puedo cuidar de mi misma? ¿Que haré para seguir? ¿Para no desfallecer?

Levanté la vista una última vez para ver a Ronan mientras se lo llevaban hacía otros edificios de La Risiera di San Sabba, había un atisbo de esperanza dentro de mi, pero era muy pequeño. Lo contemplé con extraña devoción mientras arrastraba los pies por aquellas calles de piedra fría y encontré aquel acto hermoso y heroico.

Su rostro reflejaba humildad, bondad y tranquilidad y a mi me costó mucho entender el por qué de aquel motivo.

Era el rostro de alguien que sabe que va a morir.

Entramos por una puerta marrón de madera vieja y podrida hasta una habitación en común. Allí, en literas, dormían unas veinte personas, no había distinción de sexos y cada uno se acomodaba dónde podía.

Una mujer llamada Rosa Ruana nos cedió su litera alegando que ella dormiría junto a su hermano. Eran judíos que habían vivido en Roma durante toda su vida aunque sus orígenes eran Palestinos.

Al ver a toda aquella gente el estomago me dio un vuelco y una extraña sensación se apoderó de mi. Todos estaban bien vestidos, con sus maletas cerca y ninguno parecía llevar demasiado tiempo allí, no había signos de malnutrición, ni manchas de sangre seca en el suelo.

No se parecía en nada a los rumores que había escuchado de los Campos de Concentración de los labios de Ronan.

Me acerque hasta Rosa, que, a esas alturas, ya se hallaba junto con su hermano, Tristán, un hombrecillo menudo y de pelo cano, y le pregunté directamente, sin tapujos o rodeos, sobre aquel lugar.

Ella no tardó en contestar, en sus labios se dibujó una pequeña y torcida

sonrisa.

No es una mujer bella, Romeo, tiene una cara ancha y una nariz grande, pero tiene unos ojos verdes del color del musgo que atraen a los demás.

Te equivocas, niña – me dijo – esto es un Campo de Transición, la gente que traen aquí no suele durar mucho, normalmente los envían a otros Campos o los matan al llegar, pero ambas hemos tenido suerte, seguimos aquí, ¿no?

Al escuchar esto me eché a llorar sin remedió, Ronan había aceptado con tanta simpleza y honestidad su destino que me estremecí, pero yo no era así.

No podía cerrar los ojos y simplemente aceptarlo.

Tristan se acercó hasta mi y me preguntó con gentileza:

¿Se encuentra bien, señorita?

Yo intenté sonreír, lo juro, pensé en mi familia, en los Vivaldi y en Alba, ahora ella era mi responsabilidad, no podía dejarla sola, pero apenas me pude contener y empecé a temblar y a maldecir.

¿Por qué...? ¿Por qué...? - le preguntaba al aire.

En algún momento me había arrodillado y estaba en el suelo, al lado del baúl, con la llave en las manos, apretándola con fuerza. Tristan se acomodó a mi lado y sin decir nada extendió sus manos por debajo del colchón de una de las literas más próximas y extrajo de ella un violín.

Me sonrió con tristeza y se puso a tocar con suavidad y firmeza al mismo tiempo, suave y rápido a la vez.

Me gustaría contarte un cuento, Romeo, pero ya no hay palabras que pueda decir. Aquella música se lo llevó todo, la tristeza, el mal, la deshonra y la pena.

Lo cogió y lo deshizo en un segundo.

Fue un acto simple, pero bello y lleno de esperanza. Me limpió por dentro y la amargura salió de mi junto con mis lágrimas.

Y cuando se hizo el silencio Alba estaba a mi lado, arrodillada junto a mi y Rosa lloraba en un rincón, apartada. Todos estábamos callados y

llorábamos en silencio.

Entendí, pues, en ese momento, que todos los que estaban en la sala habían perdido algo valioso: para algunos era la vida, la libertad o incluso a personas que amaban.

Pero lo más importante era que habían perdido la esperanza.

Lloraban porque ansiaban recuperar eso.

No me queda casi papel, no me queda casi tinta. No sé cuándo volveré a escribirte.

Espero vivir para poder verte.

Un saludo,

Julieta.

1 de septiembre de 1942.

Querido Romeo:

Vivo de recuerdos que me mantienen viva y en forma y vivo de miedos que me mantienen alerta. Intento escribirte palabras de consuelo y animo, pero muchas veces acabo fallando en este propósito y mis sentimientos se vuelven lánguidos y angustiosos como mis palabras.

Busco consuelo en todo cuanto me rodea, pero eso es casi una aberración.

Los rostros que me rodean son presa de la angustia y desazón, no les culpo. Se sienten traicionados y apenados, pues la tierra que ellos aman ahora les da la espalda.

Las paredes de La Risiera di San Sabba se echan sobre mi como si intentaran aplastarme. Varias noches me despierto desvelada, con Alba al lado, quieta y pálida y sudorosa, las dos tumbadas en la litera.

Temo por ella, por su salud, por su cordura. Me pregunto cuantas cosas habrán visto sus jóvenes ojos y cuantas cosas verán. ¿Cuál será el provenir de esta criatura inocente a la que intento proteger?

Me preguntó si alguna vez sanarán sus cicatrices, o si sanarán las mías. No me creas superficial, Romeo, no me refiero a las heridas del cuerpo, me refiero a las del alma, esas que son más difíciles de cerrar.

Esas que, con cualquier golpe o rozadura, se pueden abrir de nuevo.

Empezamos a oler. Lo sé, lo notó en el aire. Lo huelo en el ambiente. No suelen darnos mucha agua y la que nos dan no solemos desperdiciarla en asearnos. El ambiente se vuelve cargado y vicioso y cada día que pasa se pierde algo de pudor o vergüenza.

Compartimos todos el mismo baño, y las duchas funcionan día sí y día no. Siempre con agua fría, jamás con agua caliente.

Comemos como animales, como borregos, uno detrás de otro, en fila india. Nos alimentan mal, y poco, aunque, por el momento, no hay signos

de malnutrición en nuestros cuerpos, pero el peso de esta pesada carga comienza a hacer mella en nuestro frágil animo.

Ayer escuche a un soldado alemán decir, con voz grave y profunda.

Sau para los Sau.

Alba se removió inquieta junto a mí y yo apreté los dientes. No comprendo el alemán, pero, por la forma en que lo dijo, supe al momento que no era un cumplido, que era una ofensa.

Tristan iba detrás de mi, en la cola de la comida, y se paró en seco.

Ah.... - murmuró apesadumbrado.

Yo me giré hacía él y le miré con ojos inquisitivos.

¿Le has entendido, Tristan? - quise saber.

Tristan se relamió los labios con tristeza brillando en sus cansados ojos.

Sé algo de alemán – explicó en voz baja, susurrando.

La fila avanzaba y quedábamos rezagados. Alba seguía sin moverse de mi lado. Más adelante conseguí ver un trozo de comida que daban, una extraña pieza de carne que no pude identificar.

Cerdo para los cerdos – dijo entonces Tristan.

Yo que me había ensimismado me giré para mirarle.

¿Qué? - le pregunté.

Eso es lo que ha dicho, cerdo para los cerdos. Creo...

Yo arrugué el ceño.

Ah... Cerdo, claro. Romeo, debo recordarte qué, los judíos, no comían cerdo, ni conejo, ni liebre ni caballo. Lo consideramos un sacrilegio, algo que estaba mal.

Y comprendí al momento qué, al obligarnos a comernos eso, solo buscaban humillarnos. Apreté los puños, mire directamente al soldado alemán. Entonces el levantó la vista y se topó con mis ojos.

Yo temblé.

Was ist los mit dem Kind? - preguntó en alemán, yo di un paso hacía atrás, no debía haber hecho eso, lo sabía -. ¿Qué estáis mirando, imbéciles? - volvió a preguntar.

Antes de que pudiera ocurrir nada más Tristan me agarró por el hombro y me echó hacía atrás, a su lado.

Disculpe – murmuró.

Y me obligó a ponerme con él final de la fila. Cuando por fin nos dieron nuestra ración Tristan le dio la suya a Alba, cuándo le pregunté que por qué había hecho eso él simplemente me contestó:

Ella necesita comer y yo no voy a traicionar mis creencias.

Yo asentí, pero el hambre me apremió. Miré mi plato con desaprobación y lo aparté de mi, tendiéndoselo a Alba.

Toma, debes comer y mantenerte fuerte.

Tristan me sonrió con dulzura y aquella noche tocó para mi una pieza alegre y hábil.

Aquella noche, Romeo, sentí admiración por la fuerza de aquel hombre.

Un saludo,

Julieta.

3 de octubre de 1942.

Querido Romeo:

Una vez me prometiste que me esperarías, rezo en silencio cada noche porque cumplas tu promesa. Aquí los días son largos, tediosos y difíciles.

Pero todo acabará mañana, finalmente, saldremos de aquí.

Todo el pabellón en el que duermo se subirá por primera vez a un tren e iremos a un Campo llamado Auschwitz. Me pregunto cómo será, siento curiosidad y al mismo tiempo miedo.

La comida escasea y apenas nos podemos asear, pero las cosas no han ido del todo mal, podían haber sido mucho peor.

Hay más pabellones dentro de estos edificios de ladrillos grises erguidos sobre el odio y la sangre de los que uno se puede imaginar en un primer momento.

En ocasiones se escuchan gritos cuando dormimos y Alba se cubre la cabeza con la manta y yo la abrazó con fuerza en nuestra litera, le doy la mitad de cada una de mis raciones, que no son muchas y le intentó enseñar que hay más cosas detrás de esto.

Que aún hay personas buenas, que nos pueden ayudar.

Pero cada vez me cuesta más, porque hasta yo misma comienzo ha dudarlo.

Cuando el viento sopla muy fuerte se escucha como el aullido de un lobo hambriento y se cuela entre las grietas decidido a encontrarnos. Espero y espero a que ocurra algo, pero nunca pasa nada.

El frío comienza a vivir dentro de nosotros, y eso me da cada vez más miedo.

Hay rumores de toda clase, desde muertes horribles hasta violaciones y torturas y me pregunto cuál de todos ellos será verdad.

Tristan me ha regalado sus viejas partituras y me ha dicho que puedo escribir detrás de ellas, dice que él ya no las necesita porque las tiene grabadas en el corazón. Nos toca todas las noches antes de dormir un rato, es un gran músico, posee un enorme talento, espero que los nazis sepan al menos apreciar lo que es el arte, pero cada vez lo dudo más.

Me gustaría poder escribirte más, pero es tarde y hay que dormir, mañana será un día largo y denso. Iré en tren por primera vez, me preguntó como

será por dentro y con qué clases de lujos me encontraré.

Te escribiré al subir para que puedas leer mi primera impresión.

Un saludo,

Julieta.

4 de octubre de 1942.

Querido Romeo:

Te escribo estas palabras con tinta de lagrimas y sangre. Lo había escuchado, lo había soñado y supuesto pero jamás había visto un crimen

con mis propios ojos.

Hace apenas un par de horas Tristan cayó delante nuestro, muerto, en la estación de tren de Trieste.

Al llegar aquel lugar el cielo plomizo dejó de serlo y las nubes ocuparon un lugar en el cielo tapando el sol que calentaba nuestra piel, si lo pienso desde un punto de vista poético, guardaba luto por quien iba a caer.

Los soldados alemanas de la SS nos dieron la bienvenida con risas crueles y palabras malsonantes, yo agarré a Alba del brazo y Rosa se agarró a mi. Caminamos cerca del andén, a dos pasos de la vía del tren, Tristan iba por delante, con su viejo violín en la mano.

Y entonces lo pararon.

¿Sabes tocar? - le preguntó un soldado.

Tristan se paró en seco y yo hice lo mismo, pero Rosa tiró de mí y me obligó a continuar. Él tragó saliva y asintió despacio, el soldado alemán se rió.

Entonces no te importará tocar algo, ¿no? - echó un rápido vistazo a la manga izquierda de su abrigo, había cosida en ella una Estrella de David - . Judío – y dijo esta palabra como si de veneno se tratase.

Vi como a Tristan le tembló la mandíbula y se dispuso a tocar. Comenzó con lentitud y parsimonia pero, a medida que el tiempo transcurría e íbamos viendo como llegaba el tren se iba apasionando.

Era un hombre mayor, de pelo ya cano, de manos temblorosas y espíritu de juventud. Era arte, era vida y por eso lo odiaron.

Por eso, al llegar el tren, lo mataron de un disparó en la cabeza.

No esperaron a que acabará la canción, para ellos había terminado hacía mucho tiempo y la melodía quedó rota para siempre, una cuerda de un violín sin dueño se rompió y la sangre cubrió y pinto el suelo de la envejecida estación.

El sol se hubo escondido, en pos de la vergüenza y el dolor.

Al llegar el tren Rosa lloraba en silencio agarrada a Alba y a mí. Alba hacía muecas pero apenas se movía, sabía que no debía llamar la atención,

sabía que no debía hablar.

El tren resulta ser una ratonera donde apenas cabemos los unos contra los otros. No sabemos cuantas horas estaremos aquí pero no hay lugar donde podamos sentarnos, no hay lugar donde podamos descansar.

Es una caja, una celda en la que estamos prisioneros, apenas hay alguna grieta o ventana. Estamos en vagones de mercancía y las cosas no necesitan respirar.

Escribo estas palabras desde un vagón cualquiera, apoyada en una pared de madera en constante movimiento, el traqueteo del tren me da nauseas, pero me hace sentir viva.

A veces, el dolor es el único sentimiento que nos permite darnos cuenta de que aun seguimos vivos.

De que aun podemos tener un lugar.

De que aún podemos resistir y vivir.

Un saludo,

Julieta.

Tercera Parte:

En donde halaremos sobre unos números, unos tatuajes, un cartel de bienvenida, una rosa, un escondite y un libro robado.

(No tiene por qué ser en ese orden precisamente, no lo esperéis así).

5 de noviembre de 1942.

Querido Romeo:

Echó de menos a Ronan porque sus palabras eran ciertas.

Porque los rumores que tanto escuché resultaron ser verdaderos.

Vivo en un lugar donde no existe la esperanza, donde reina el miedo, porque los que moran aquí carecen de sentimientos.

Porque cuando los hombres han dejado de sentir ya no son hombres. Porque lo peor no es tener miedo, angustia o, al contrario, alegría, lo peor es la indiferencia.

La indiferencia nos vuelve objetos, máquinas.

La indiferencia nos quita humanidad.

Creí que al subirme al tren encontraría algo, lo que fuera, esperé bosques y praderas y ríos, lagos y me he topado con desiertos de tierra yerma y baldía.

Fui ingenua y me culpo por ello, si lo hubiera imaginado quizá hubiera sido todo más fácil, pero no fue así.

Entramos en fila como corderos a un matadero a Auschwitz, casi en silencio. Callé al ver las vallas llenas de agujas y el alambre de espino con objetos puntiagudos, pero me hice la valiente delante de Alba, debía ser su apoyo, su reflejo, su valentía.

Había un cartel dándonos la bienvenida, este rezaba:

“Arbeit macht frei”.

Fruncí el ceño al verlo.

¿Qué significa? - pregunté.

Había un chico joven a mi lado, no llegaría a los veinticinco años, tenía el pelo negro y los ojos oscuros y los labios finos y blanquecinos, era

delgado y alto, fue él quien me respondió:

Es alemán, significa: “El trabajo os hará libres”.

Me pregunté hasta que puntó era cierto eso.

Parpadee con fuerza y vi madreselva creciendo en los muros de los edificios principales de aquel Campo, pensé que era un buen augurio.

<<Nos quieren para trabajar – pensé -, así que no nos matarán>>.

Y sonreí, hice mal, pues estaba equivocada, en ese momento no lo sabía, pero no tardaría en darme cuenta de mi error.

Nos pusieron números tatuados en las muñecas, nos quitaron nuestras joyas y ropas y nos arrebataron nuestras pertenencias, nos desvistieron y nos pusieron ropas a rayas, blancas, negras y azules.

Nos asignaron pabellones.

Cuando Rosa pasó por mi lado, vestida ya con su traje destinado, miró a Alba con solemnidad.

Escóndela, Julieta, es demasiado pequeña para trabajar, la matarán.

Yo asentí y le dí un beso en la frente, Rosa era más baijta que yo. Le sonreí y escondí mi llave dentro de la ropa. Tuve miedo de poder perder las cartas, el papel, la pluma, las canciones de Tristan, la tinta y el baúl; pero temí más por la vida de Alba.

Temí más por mi propia vida.

¿Soy egoísta por eso, Romeo? ¿Por temer? ¿Por poner mi vida por encima de mis sueños?

¿Soy egoísta, por eso?

Me asignaron al pabellón de Canadá, junto con tres muchachas más, éramos jóvenes y podíamos trabajar, pero todas éramos mujeres y eso me extrañó. María, Laura y Natallie me ayudaron a esconder a Alba hasta

que llegamos a nuestro destino.

Yo les agradecí en sobremanera lo que hicieron por nosotras pero todas respondieron lo mismo:

No pasa nada, ahora estamos juntas en esto.

Estábamos cerca de la entrada y lejos de los campos de trabajo y de algo que llamaban “duchas”.

Comemos más que el resto y somos tratadas mejor. Nuestro trabajó consiste en buscar entre los restos de la ropa, maletas y baúles cosas valiosas como joyas o dinero.

Quiso la suerte de que yo misma hallará mi baúl y lo pudiera recuperar con todas las cosas que había depositado dentro; estaban intactas.

Escondo a Alba dentro del pabellón, cuando se hace de día se convierte en un ovillo que se esconde debajo de las literas y de noche duerme conmigo en la última cama de la habitación. Espero que pase algo bueno pronto, que salgamos de aquí, que seamos rescatadas.

Espero, espero y espero, pero, como bien ya sabes, nunca pasa nada.

Un saludo,

Julieta.

27 de diciembre de 1942.

Querido Romeo:

Te escribo estas palabras sin fuerza, con el alma rota y el corazón desbocado. Hemos visto y oído horrores inimaginables que ningún ser debería contemplar jamás.

He encontrado poemas rotos entre las ropas en las que he buscado, fotografías que más tarde serían quemadas y calcinadas, he escuchado llantos atronadores y maldiciones hirientes, he visto vidas desaparecer delante de mi ojos y he contemplado como se quemaban sus restos.

De la tierra venimos, a la tierra volveremos.

He visto como se amontonan los cadáveres de las personas con las que he convivido. He visto sus cuerpos al sol y he visto sus rostros desfigurados por el miedo, el hambre y la sed dentro de grandes fosas comunes.

A ellos también los quemaron, a todos, borraron su existencia.

Quizá en algún momento borren también la mía.

Lucho en todo momento, intento no rendirme, seguir hacía delante, pero me cuesta tanto... A veces miro mi muñeca y contemplo los números tatuados en ella como si se tratará de una cuenta atrás, son los días, minutos y segundos que quedan para mi muerte.

Recuerdo que antes no era así, era una muchacha llena de vida, con la risa fácil y grata de quien no ha sufrido nunca.

Era feliz, era dichosa y era ingenua.

Que equivocada estaba.

He visto las cosas más horrible, he sido testigo de las peores catástrofes, he limpiado la sangre de mis amigos del suelo y he mirado a los ojos a quienes los habían matado; he visto la peor cara del hombre pero aun así no puedo odiarlo simplemente y apartarme de él.

He llorado, he luchado, me he caído y levantado, y sigo viva.

Sigo viva.

Un saludo,

Julieta.

5 de enero de 1943.

Querido Romeo:

Hoy es mi cumpleaños y cumplo diecisiete años. Dudo que se te haya olvidado una fecha tan importante y señalada como esta, pero aun así

quiero recordartela, por sí acaso, eres malo con las fechas y sin mi a tu lado quizá no la recuerdes.

Al cerrar los ojos sueño con Rías aún, con los juegos infantiles que hacíamos París, tú y yo, recuerdo las tartas de mi madre y la zapatería de mi padre abierta hasta las once de la noche remendándonos las botas, las cuales habíamos roto al correr por el camino de tierra y piedra que iba hasta el lago.

El lago...

Aún hoy lo recuerdo con intensidad. Una gran masa de agua dulce por donde, de vez en cuando, navegaban pequeños botes.

En donde solíamos nadar en las tardes calurosas de verano París, Ronan, tú y yo. Y me lanzabais todos juntos al agua cogiéndome por las piernas y los brazos y después yo os salpicaba con él agua y fruncía los labios y al final, solo al final, París decía:

Así estamos más frescos.

Oh, sí, y tenía razón.

Alba sigue viva y eso me alegra y me llena de esperanza, que aún no la hayan descubierto me alivia, pero cada vez come menos. Este lugar comienza a pasarle factura, al igual que a todos. No ha pronunciado palabra desde hace más de un mes, desde que, al asomar la cabeza por la puerta del pabellón, vio la montaña de cuerpos en los que se amontonaban los cadáveres.

Es una imagen horrible. No hay manera de describirla. Cada mañana, al levantarnos y salir la vemos.

Cada mañana, hay cuerpos nuevos en la cima.

Tengo miedo de que alguno sea el tuyo.

Alba pasa los días en silencio, escondida debajo de las literas, arrastrándose como un perro abandonado.

Hace mucho que dejamos de vivir, ahora sencillamente intentamos sobrevivir.

Natallie y yo nos hemos vuelto amigas. Es una muchacha alegre, risueña, de pelo rubio y ojos color almendra con un rostro lleno de pecas y nariz achatada, proviene de Francia, de París, donde por lo visto ocurrió algo terrible.

Una noche me contó que habían llevado a todos los judíos hasta un gran pabellón a las afueras de la cuidad de las luces, los llevaron exhibiéndolos, como si fueran animales exóticos que debían pagar para ver por las calles antiguas y estrechas y los encerraron.

Fue la policía parisina quien lo hizo.

Fueron sus propios hermanos quienes los traicionaron.

Me contó, con lágrimas en los ojos, que fue el padre de una amiga suya quien la cogió del brazo y la condujo hasta la calle, aun en pijama y la obligó a andar, luciendo la Estrella de David que estaba cosida en su abrigo.

Había estado en su casa tantas veces – me confesó – siempre fue tan amable conmigo, me decía que estaba muy feliz de que su hija y yo fuéramos amigas... Era un buen hombre, pero me equivoqué – se lamentó.

Se enjuagó las lagrimas con el dorso de la mano, era la primera vez que la veía llorar.

La noche de los cristales rotos, la llamaron – me dijo.

Después cambió rápidamente de tema y yo no tuve fuerzas suficientes para volverle a preguntar.

Un saludo,

Julieta.

16 de febrero de 1943.

Querido Romeo:

En Auschwitz no hay sentido de la moral, la honra o el honor. No hay humanidad que valga aquí. Puede ser porque estas personas no nos ven como humanos a nosotros.

Hace poco más de una semana, mientras estaba recogiendo maletas del suelo, vi como un guardia le rompía el brazo a un hombre y lo tiraba al suelo con una sonrisa cruel en los labios.

El hueso del pobre hombre se le salía por el codo y la sangre brotaba de la abertura con fuerza y sin parar y cubría el suelo de tierra con un líquido

carmesí y pegajoso.

El soldado le disparó en cuanto empezó a gritar.

Primero en una pierna y después en la cabeza.

Natallie se tapó la cara con las manos, horrorizada. Hacía un par de minutos habíamos estado bromeando sobre cosas sin sentido.

Las cosas eran más llevaderas si se dejaba de mirar, si uno apartaba la vista y no hacía caso a las cosas que ocurrían a su alrededor, se podía sobrevivir.

No recordaba de que habíamos estado hablando y no podía irme de allí, ni apartar la vista. El cuerpo de aquel hombre quedó tendido sobre el suelo, inerte, y nadie lo recogió. La sangre parecía un río lechoso cuyo caudal se ha secado, sin vida, sin amor.

Más adelante se puso a llover y me pregunté si era Dios, que lloraba por nosotros.

También me pregunté qué Dios dejaba que esto ocurriera.

Cuando me fui, el cuerpo seguía allí.

La vuestra es una raza inferior – bramó un soldado al día siguiente, un alto cargo del ejercito alemán había ido expresamente hasta el pabellón de Canadá buscando algo. Ninguna estábamos seguras de qué podía ser, pero yo me hacía una ligera idea. He de recordarte Romeo, que todas las que estábamos allí éramos mujeres, jóvenes y con destinos inciertos.

Éramos una presa fácil para cualquier lobo y mucho más si este estaba hambriento y tenía recursos.

No era raro ver a una mujer encarcelada en aquel lugar embarazada de algún alemán que la había encontrado bonita, una vez que nacía la criatura, se la llevaban los alemanes.

Está contaminado – decían.

Solíamos consolar a las madres diciendo que seguramente los criarían como a un niño de la raza Aria normal, que sus padres no dejarían que les pasará nada malo, pero, por supuesto, no éramos estúpidas.

Sabíamos que matarían aquellos niños en cuanto salieran por la puerta,

pero de esa forma hacíamos más llevadero el dolor de la madre.

Muy pocas veces aquellas relaciones, esporádicas y carnales, casi sin ningún sentimiento, eran consentidas.

En Auschwitz las violaciones estaban a la orden del día.

Me froté las manos, preocupada, Alba estaba escondida allí, en aquella misma habitación, y estábamos rodeadas. Fruncí los labios y me erguí cuando vi que el comandante alemán pasaba por delante de mi, pero no se detuvo. Por el contrarió, paró delante de María.

María es una muchacha sumamente bonita, con curvas, de estatura media, pelo rizado, labios carnosos y rojos y rostro ovalado.

Cuando aquel hombre se paró delante de ella comenzó a temblar, aquel signo de debilidad tuvo que ser la cerilla que encendió la vela de aquel general.

¿Cuál es tu nombre, muchacha? - le preguntó.

Aquel hombre me dio asco inmediatamente. Me pareció una sombra, un ser horrible que había que dejar de lado. Su acento me dio arcadas.

María no es judía, ni de origen judío. Era Polaca y cristiana, pero poco importó cuando llegó a este lugar. Por las noches solía escucharla rezar y cantar en voz baja y me recordaba vagamente a cuando Tristan tocaba el violín.

Sus rezos y sus canciones para mi eran extraños, pues solía hablar en Polaco y juntaba las manos como lo hacías tú los domingos en la iglesia.

Siempre tuve fascinación por vuestra religión, Romeo, porque me parecía bella. Como todas las demás. Porque, después de todo, cada uno tiene derecho a creer en lo que quiera mientras no haga daño a los demás.

Pero cuando escuchaba rezar a María algo dentro de mí aleteaba. Lo comprendí poco después: sentía paz.

María – respondió ella, simplemente, su cuerpo no dejaba de temblar y debajo de aquellas telas harapientas y a rayas se removía inquieta.

María – bufó aquel hombre, tenía alrededor de unos cincuenta años, los ojos azules como el cielo y fríos como una noche de invierno – vas acompañarme, siente orgullosa y afortunada, pues ya no tendrás que dormir aquí.

María cayó de rodillas al suelo y se puso a suplicar:

¡Por favor, no! ¡Yo no he hecho nada malo! - gritó, entre lágrimas, golpeó el suelo con un puño cerrado y nos miró con desesperación a todas, una a una, cuando me miró a los ojos tuve el impulsó de salir en su ayuda, me moví hacía delante pero alguien tiró de mi con fuerza hacía atrás, era Natalie, que negó con la cabeza con efusión.

No – negó.

Y yo me mordí la lengua.

No has hecho nada malo María, ni lo vas hacer, te lo aseguro – dijo aquel hombre y yo sentí una tremenda repulsión -. Ahora...

Al escuchar esto los demás soldados se movieron y cogieron a María por los hombros obligándola ha levantarse.

Se la llevaron de allí al instante, entre lloros y gritos y una huella de dolor.

Al cerrar los ojos aquella noche yo no podía parar de rememorar aquel momento, aquellos ojos que se habían encontrado con los míos, buscando ayuda.

<<Debes protegerla – me recordó la voz de Ronan>>.

Y yo abracé a Alba, porque sí, debía protegerla, a ella, solo a ella.

Pero sabía que eso, como muchos de mis pensamientos, estaban mal.

Un saludo,

Julieta.

“Es una semana ingenua, en la cuál en gueto está aislado del mundo exterior. La muralla de ladrillos rojos que se levantó alrededor del gueto, se hizo más alta. La calle está alborotada como una colmena de abejas: en las casas y en los patios, en todos los lugares donde no llegan los oídos de los hombres de la Gastapo, la gente discute y trata de investigar: ¿cuál es la intención de los Nazis cuando levantaron un barrio judío aislado? Quizá, después de todo, sea esto para bien, y nos dejarán en paz”.

Mery Berg, Rebelión, El Gueto de Varsovia, Tel Aviv.

3 de abril de 1943.

Querido Romeo:

María está ahora embarazada y apenas come, duerme o trabaja. Vivimos con miedo de que algún día vengan y se la lleven, después de aquella noche, no ha vuelto a ser la misma. Natallie y yo nos turnamos para hacerle compañía pero no es nada fácil, nos atan tantos hilos y cadenas que creo que nos podremos cortar con algunas de ellas.

A veces llora y grita en sueños y yo le tapó los oídos a Alba porque lo que dice es espantoso. Natallie se va hasta su litera y sube hasta su cama, se mete dentro de ella y la calma como puede acariciándole la cabeza y susurrándole que todo está bien, que ya ha pasado, al oído.

Recuerdo que el día que volvió llegó llena de cortes y magulladuras. Amelia, una médica Polaca de origen cristiano, al igual que ella, fue quien la examinó, se la llevó dentro del pabellón de Canadá y no dijo nada hasta mucho después de que acabarán.

Está en cinta – musitó, con horror.

Y todas supimos lo que significaba eso.

Ayer vi como Alba se acercaba hasta ella y le acariciaba la tripa incipiente, me pregunté si esa, de alguna forma, sería su manera de apoyarla y pensé que Ronan, Marta y Annia estarían muy felices de verla viva y a salvo.

A veces pienso en aquella gente que tanto me protegió y ayudó y

entonces me duele el pecho y tengo ganas de llorar, pero no lloró.

Porque no puedo.

Un saludo,

Julieta.

15 de abril de 1943.

Querido Romeo:

Hace una horas una mujer visitó Canadá. Los soldados, minutos antes de que ella llegará, entraron de forma sonora y atronadora, murmurando y resonando, y después levantaron la voz. Alba se escondió con rapidez bajo las literas y yo sentí un gran alivió por sus reflejos y su agudo oído.

Los había oído la primera y alerto a las demás.

Después de todo lo que le había sucedido a María toda precaución era poca y nos erguimos mientras nos gritaban ordenes que casi ninguna podíamos entender. Las palabras en alemán aún escapaban a mi comprensión y me valía de mis compañeras para entenderlas.

Mientras los soldados entraban, abriendo la puerta de par en par, dejando entrar el aire frío de la noche, vi como María no se movía de su litera. Estaba pálida, sin vida ni brillo.

Era una estatua.

Una sombra en vida.

Sentí lastima por ella y punzadas de dolor al mismo tiempo recorrieron mi abdomen.

Nos obligaron a ponernos en fila, una detrás de otra. Yo fruncí los labios, me temblaba la mandíbula, no podía parar de pensar: <<No, otra vez no>>. Miré mi desgastado vestido de rayas y mi pelo sucio y enmarañado y sonreí, casi. A ningún general alemán le parecería bonita así.

Y me alegre.

Oh, Romeo, quizá a ti también te pareciera horrible. Mi cuerpo ha cambiado tanto que yo misma apenas me reconozco. Soy un palo delgado de carne sobre hueso y cicatrices de pequeñas heridas recorren mi gastada piel, mi pelo ha perdido su brillo, y su color y mis ojos ya no son

estrellas que relucen.

Se escuchó, entonces, como la puerta se volvía abrir y todas nos giramos a la vez, todas menos María, que permanecía impasible en la cama, y entonces apareció.

Una mujer.

Abrí los ojos como platos.

¿Qué hacía allí? Me pregunté.

Tragué saliva.

La mujer era alta, llevaba un vestido verde que dejaba al descubierto unos preciosos y blancos talones de porcelana. No parecía joven, pero tampoco era mayor. Tenía los ojos verdes, de un verde azulado que helaban y el pelo castaño recogido en un moño alto.

Algo en ella, en su porte, en sus pasos, en su elegancia, me resultó familiar. Entrecerré los ojos. Quería saber qué era.

Comenzó avanzar y fue una a una, observándonos, eligiéndonos. A veces, a unas pocas, les ordenó con palabras claras y en varios idiomas, que dieran un paso al frente, entonces les hacía dar una vuelta y ella asentía sin decir nada.

Entonces llegó mi turno y me puse tensa.

What is your name? - preguntó en un perfecto inglés.

Yo fruncí los labios. Aquella mujer no era inglesa.

Julieta, mi señora – conteste en mi lengua natal.

La mujer abrió mucho los ojos, sorprendida, gratamente.

Yo también me sorprendí.

¿Italiana? - preguntó con interés.

Yo asentí.

No se puede decir que aquella mujer sonriera, pero, al menos, hizo una mueca parecida. Se inclinó hacía mí.

¿De dónde?

Apreté los puños y lo comprendí, de pronto, el acento, su forma de andar, su simple mirada. Aquella mujer era italiana, al igual que yo. Hijas de un mismo país. Pero ella era completamente diferente a mi.

Rías, señora – conteste con frialdad.

Ah... - se giró hacía un par de soldados -. Quiero está. Traérmela mañana, a las cinco, sin falta.

Al escuchar esto todos se sorprendieron, incluso yo. Quise decir algo, pero sabía que no debía. Me callé y me preparé. Lo que ocurriera después permanece en penumbras. Tengo vagos recuerdos sobre una mujer que se marchaba, sobre como los guardias le gritaron algo obsceno a María en alemán y, por último, de como Alba salió de su escondite y agarró mi escuálida mano.

¿Te vas, Julieta? - me preguntó Natallie entonces, había salido de la nada, o quizá siempre estuvo mi lado, no lo recuerdo bien.

Miré a mi alrededor. ¿Me iba? ¿Adonde? Acaso eso era verdad, lo dudaba.

No – negué, con seguridad -, no – repetí mirando a los ojos a Alba.

Y Romeo dije eso porque era verdad, porque no pienso irme a ninguna parte.

Un saludo,

Julieta.

18 de abril de 1943.

Querido Romeo:

Cuando los soldados vinieron a llevarme intente disuadirles con palabras amables y verdades confusas en un idioma que ellos no quisieron escuchar.

Ese idioma era la paz.

Me cogieron por los hombros y me llevaron arrastras hasta las afueras de Canadá. Los rayos del sol al alba me dieron en el rostro y me pregunté cuál sería mi destino. Le había dicho a Alba que no me marcharía y deseaba cumplir esa promesa por encima de todo.

La montaña de cadáveres me dio la bienvenida con su singular morbosidad y pestilencia. Vi los dos rostros de dos niños idénticos entre aquellas masas de cuerpos en descomposición. A nuestros oídos habían llegado cosas espeluznantes y horribles sobre lo que les hacían en Auschwitch a los niños que nacían idénticos, iguales.

Los rostros de aquellos gemelos me parecieron tristes y calavernarios, sus cuencas, en donde seguramente antes habían estado antes sus ojos, ahora estaban vacías y sin parpados. Vislumbré sus cuerpos por encima de otros y vi, con el corazón encogido y en un puño, sus brazos cosidos y entrelazados.

Recordé que una vez Amelia lo había susurrado, entre sombras, frente a los muros grises de Canadá.

Nos consideran animales y hacen experimentos con nosotros, como lo harían con los cerdos – musitó.

Todas callamos, con horror. En nuestro pabellón jamás nos cogieron a ninguna de nosotras para nada parecido pero Amelia, que era médico, a menudo era reclutada por algún lugarteniente nazi si faltaban enfermeros y se la llevaban al momento a intervenciones de las que nunca contaba nada.

Volvía cansada y fatigada, con el rostro demacrado y los ojos hundidos.

Nunca le preguntábamos nada y no poníamos en duda su palabra.

Los soldados me escoltaron hasta un coche y yo me sorprendí. Aquello era extrañó, aquello no tenía sentido. Me sentaron en el y me ataron las manos. Me sonrieron con dureza y malicia y dijeron algo que no pude

comprender. Me mordí el labio y esperé con resignación.

El coche emitió un ligero zumbido y después el motor rugió, nos pusimos en marcha.

Yo miraba por la ventana de cristal el mundo que me rodeaba. Desde mi asiento lo podía ver con claridad y, al mismo tiempo, un veló transparente cubría mis ojos.

En ese momento el mundo era un gran escenario y todos representaban su obra final, todos menos yo, que había pasado de ser actriz a espectadora y me dedicaba a contemplarlos. Vi sufrimiento, vi dolor, vi angustia y maldad. El cielo era azul y la radio sonaba, atronadora, dentro del coche.

Una voz dentro de mi luchaba por salir, y esa voz, al mismo tiempo fue acallada por un grito cuando una mujer calló al suelo, agotada y un alemán la golpeó con brutalidad con un látigo ante mis ojos.

Lo vi, lo sentí, y al mismo tiempo lo noté lejos. Detrás del cristal, en el asiento en el teatro del mundo, sentía que nada me podía dañar.

Y al mismo tiempo sabía que me equivocaba.

Tardamos diez minutos en llegar a un edificio principal de ladrillos rojos y carretera asfaltada. Habíamos recorrido la mitad de Auschwitch y estaba agotada. Los soldados instaron en hacerme entrar y yo obedecí al segundo.

Cuando traspasé el umbral del edificio algo dentro de mí se rompió, una cuerda se tensó, y se quebró para siempre.

Opulencia.

Eso fue lo que vi.

Vi destellos de luz que brillaban por enormes salas llenas de cuadros y retratos antiguos. Vi hombres y mujeres, con ropas caras, en un largo corredor, a varios metros de mí. Algunos me miraron con asco y repugnancia pero la mayoría, sencillamente, me ignoró.

Era invisible a sus ojos.

Quise acercarme y preguntarles si eran capaces de verme, si no podían mirar a su alrededor. ¡Éramos personas! ¡Era una persona! ¿Cómo podían apartar la mirada de mí?

Mi cuerpo empezó a temblar, de pura rabia y entonces la mujer que el día anterior había ido hasta Canadá apareció ante mi. Elegante y hermosa, parecía salida de una pesadilla.

Julieta – murmuró.

Yo me relajé. Había estado a punto de cometer un error.

Mi... mi señora – farfullé.

Ella sonrió.

El motivo por el cual te encuentras aquí es que no hay muchos sirvientes que puedan venir a Auschwitch, y mi marido y yo hemos preparado una fiesta de recepción para un general muy importante del III Reich, ¿comprendes?

Sus palabras me turbaron, sus palabras me confundieron, sus palabras me enfurecieron.

En un segundo mi mente se encendió, un incendió brotó en mi corazón. Me habían despojado de todo cuanto amaba, de mi libertad, de mi familia, de mis amigos, y ahora esperaban que les sirviera.

Nos torturaban, nos mataban.

Pero teníamos que servirles.

Recordé las palabras que una vez Ronan me había dicho:

Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.

Una carcajada comenzaba a florecer en mi garganta, sonora, petulante e irónica y entonces el rostro de Alba apareció en mi mente y otras palabras de Ronan la inundaron:

Protegela.

Eso me había hecho prometerle.

Me calle mis palabras y risas envenenadas y asentí con benevolencia.

Me vistieron y me quitaron mi vestido de rayas y me pusieron uno negro, me lavaron el pelo con agua fría y lo embadurnaron de aceite. No sentí nada cuando hicieron eso.

No sentir me asustó.

Una criada alemana me dijo:

Tú, a los niños.

Su acento era duro y afilado como un cuchillo y yo opte por no decirle nada y hacer caso.

Me comenzaba a cansar de todo aquello, de asentir, de no sentir, de esperar lo inesperado y de que nunca pasará.

Estuve sola, observando a media decena de niños alemanes en un comedor aparte media hora. Me habían prohibido decirles nada y yo obedecía a rajatabla. Los encontré extrañamente inocentes y pequeños. Eran criaturas minúsculas, en su mayoría rubias, que no llegaban al metro de estatura. Sonreían con descaro y apartaban y tiraban al suelo la comida que no les gustaba.

Sentí lastima por ellos y los odie a partes iguales.

A todos, a cada uno de ellos.

Aquella comida que tiraban podía ser la salvación de tantos, Romeo, algunos que morían de hambre, piel sobre hueso, se podrían haber salvado.

Fue entonces cuando una voz surgió de pronto, sacándome de mi ensimismamiento.

Tú... - dijo un niño.

Dí un respingó y miré hacía abajo. Un niño alemán acababa de hablarme, en italiano. Pero era diferente a los demás, tenía el pelo castaño y los ojos verdes que, a diferencia de sus compañeros, eran todos rubios.

Era el hijo de la mujer que me había traído hasta allí.

¿Si? - pregunté.

El niño se sorprendió al ver que le respondía y yo vi en ello un error fatal. No debía hablar con el.

No eres muda – continuó y aquello lo dijo con simpleza.

Simpleza e ignorancia.

Me hizo gracia y le sonreí.

Aquel fue mi segundo error.

Él también me sonrió.

Y guapa – agregó con cierta picardía.

Aquello me dejo sin palabras y me mordí la lengua al momento. Aquel niño tendría cuantos, ¿seis, siete años, tal vez? No podía discriminar, no sabía que era lo que ocurría fuera de aquel lugar. Vivía en un mundo que no estaba hecho para él.

No sabía que significaba la palabra guerra.

No sabía que yo era judía.

Durante algo más de quince minutos charle con él. Me contó, con animo y parsimonia, que tenía un hermano mayor llamado Clavet, que era un nombre francés, porque su abuela por parte de padre era francesa, que el se llamaba Mercurio, porque su madre era italiana y le agradaba como sonaba aquel nombre cuando lo pronunciaba su padre en voz alta.

Me dijo, con orgullo, que su hermano había cumplido aquel año los diez años y se había apuntado a las BDM. Yo le miré extraña y le pregunté que qué era eso.

Son las siglas de Bund Deutscher Mädchen, Liga de Jóvenes alemanes, de las Juventudes Hitlerianas – me explicó.

Yo parpadeé con fuerza.

No le supe contestar.

Al final de la noche, cuando todos se marchaban ya, Marcurio volvió acercarse a mí, portaba con el un trozo de pan, un mendrugo, más bien, blando y pequeño.

Eres guapa, pero estás muy delgada – aseguró, me sonrió, me lo dio y se fue.

Más tarde, cuando volví a Canadá, abracé aquel cachito de pan. Era un gesto de paz, de inocencia, frente a toda la masacre que mis ojos veían a diario.

Era un gesto de amor contra el odio, y cuando se lo di a Alba para que se

lo comiese vi también, en aquellas migas, un atisbo de esperanza.

Siempre tuya,

Julieta.

2 de junio de 1943.

Querido Romeo:

Ayer María murió.

Cuando llegamos de trabajar al anochecer al pabellón la encontramos con un cuchillo en la mano, su punta apuntaba a su estomago crecido y al bebé que crecía en su vientre.

Prefiero morir que dar a luz a su hijo – sentenció.

Y después se cortó las venas.

No pude tapar los ojos de Alba a tiempo y lo vio y escuchó todo. Me pregunté hacía cuánto se había disipado la inocencia que antes cubría sus ojos.

Ahora era una sombra de lo que había sido, igual que yo.

Me desespero y pierdo la razón y no sé cuanto tiempo más podré vivir en está locura, cuerda. Cuando se llevaron el cadáver de María también se llevaron el cuchillo con el que se había quitado la vida.

¿Cómo lo habrá conseguido? - preguntó una mujer.

Fue Amelia quien le respondió.

Se lo dieron ellos, era un estorbo, no trabajaba y era una boca más que alimentar, pero estaba embarazada de un general alemán, debían quitarla del medio de otra forma. Un suicido inducido es el mejor asesinato.

He pensado en eso, Romeo, pero creo que yo no tendría fuerzas suficiente para hacer lo que hizo María. ¿Sería la forma más rápida de acabar con el sufrimiento? ¿O nos induciría más?

Con estas preguntas te dejo, pues he de marchar ya.

Un saludo,

Julieta.

16 de julio de 1943.

Querido Romeo:

Halló, bajo los escombros de recuerdos, vidas fugaces de otras personas.

Veo, en los montones de ropa, añoranzas infinitas y famélicas que buscan la paz desesperadamente.

Robo palabras de diarios y poemas que encuentro, arrugó periódicos viejos bajo mi ropa y fotografías antiguas a blanco y negro o sepia.

Siento que hago las cosas mal y bien al mismo tiempo y, de algún modo, eso me mantiene cuerda y atada al mundo real.

Los seres humanos somos hermosos y extraños en nuestra propia forma de ser.

Seres tan increíblemente extraños que somos infinitamente hermosos.

Quiero recordar estas palabras, para poder decirlas en un futuro, cuando todo esto acabé, y el mal haya pasado. Solo entonces podré soñar.

Un saludo,

Julieta.

7 de agosto de 1943.

Querido Romeo:

Conservó con recelo las partituras viejas de Tristan y las guardó con cuidado y temor en el baúl. Son canciones que el mundo entero podrá olvidar, pero yo jamás lo haré, y detrás de ellas, como culto, escribo las palabras que un día te pertenecerán.

Hace poco encontré un rosal silvestre creciendo cerca de la verja, era algo pequeño y hermoso, frágil y delicado, pero que se alzaba enroscándose contra el metal que nos separa del resto del mundo.

Me recordó a la vida misma.

He soñado con Ronan, con el Ronan con el que compartíamos esperanzas y sueños de niños. He recordado, de pronto, la razón de nuestro enfado y me he reído, porque ahora me parece estúpido, porque ahora que él ya no esta me produce ternura recordarlo.

Si cierras los ojos, Romeo, lo verás. Cuando bailábamos en al fiesta de primavera y Ronan bebió una botella de vino y me beso fugazmente bajo un manzano.

Si cierro los ojos yo podré ver como tú corriste hacía el y le propinaste un puñetazo en la cara y lo echaste hacía atrás haciendo que el manzano temblara. Y verás a París corriendo tras de ti, gritando:

¡Primo! ¡Primo! ¡¿Has perdido la cabeza?!

Lo escuchas, ¿no, Romeo? El susurro de la vida que dejamos ya los dos.

Creo que aún no te he hablado de la verja, es metálica y puntiaguda y está continuamente vigilada, quién se acerca mucho a ella muere fusilado, por lo que la sangre es el riego de esas tierras. Nos rodean y al principio nos dijeron:

Es para protegeros, para que nadie entre.

Pero el verdadero significado de esas palabras era:

Es para que no podáis salir.

Pero ayer yo me acerqué hasta la verja y conseguí una rosa blanca como la nieve, corrí hasta mi pabellón esperando a que nadie me hubiera visto y deposité la rosa dónde antes dormía María. Había aprendido de memoria sus oraciones de tanto escucharlas y decidí rezar una por ella. Me arrodillé y junte las manos, como tantas veces la había visto hacer y recé.

Cuando terminé, me di cuenta de que Alba estaba junto a mi, con los ojos muy abiertos.

Estaba llorando.

¿El bebé ha muerto, verdad? - me preguntó.

Eran las primeras palabras que decía en meses y yo la abracé.

Sí – asentí, porque mentirle me habría parecido imperdonable.

La verdad era dura y cruel, pero era la verdad.

Y creí que eso importaba más que cualquier otra cosa.

Siempre tuya,

Julieta.

23 de octubre de 1943.

Querido Romeo:

Cuando llegan los trenes llegan los coches y las personas.

Cuando llegan los trenes siento tristeza, porque la libertad de las personas que traen consigo está acabada.

Cuando llegan los coches, siento odio y repulsión, pues en ellos llega la muerte vestida falsamente de hombre.

Cuando entran las personas, siento ganas de ir y gritarles que se marchen, que huyan y se escapen lo más lejos posible. Pero no puedo, porque estoy atada de pies a cabeza, miles de pequeños hilos me atan.

No puedo escapar ni en mis sueños, porque las pesadillas me persiguen.

Ayer encontré un viejo libro entre los restos de cosas en las que solemos

buscar, su titulo era:

“Les Misérables”.

Y estaba escrito por Víctor Hugo, en francés. Lo agarré con fuerza y releí su título una y otra vez, me hizo gracia pensar que se acomodaba tan bien a la realidad y lo escondí debajo de mi ropa. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero en ese momento no me importó, cerré los ojos con fuerza y me lo llevé de allí.

Quizá pienses que me excedí, que hice algo que no correspondía, que me puse en peligro por nada.

Pero si pensarás eso te equivocarías.

Aquellas palabras habían pertenecido antes a otra vida, una vida que jamás volvería a ser como era y yo solo deseaba salvar algo de ella.

Me recordaron a mis cartas y a las palabras que te escribía cuando mis manos me lo permitían, cuando encontraba tiempo, tinta y partituras viejas y amarillentas llenas de notas de música.

Me recordó a mi otra vida y eso me dolió y me gustó a a partes iguales.

Y por eso lo guardé y lo escondí.

Por eso ahora está en el baúl.

Un saludo,

Julieta.

5 de diciembre de 1943.

Querido Romeo:

La nieve es blanca y pura y parece que limpia nuestros corazones y nuestra alma por igual.

Es hermosa y cubre lo bello y lo malo por igual.

Ahora cada noche leo un trozo de aquel libro en francés del que te hable. Habla sobre la revolución francesa de 1789, de sueños y esperanzas, de vidas y de muertes.

A veces también le leo algunos fragmentos a Alba y se los traduzco después.

A veces todas las personas que viven en el pabellón de Canadá se disponen a mi alrededor y me escuchan leer para ellas y eso me llena de alguna forma de alegría, pues mucho después de que los imperios caían, las civilizaciones se extingan y las personas mueran las historias prevalecerán, las palabras vivirán para siempre dentro de nosotras.

Un saludo,

Julieta.

Cuarta Y Última Parte:

En donde hablaremos sobre el primer beso, un hilo hecho cadena, sobre la muerte y la vida y sobre el mismo final de está historia.

(No tiene por qué ser en ese orden precisamente, no lo esperéis así).

3 de enero de 1944.

Querido Romeo:

Ayer me encontré con un poema doblado en el bolsillo de un abrigo con la Estrella de David dibujado en él, el poema iba dirigido a una mujer llamada Erza, el cuál decía así:

Y la sílaba del amor,

¿dónde la guardas tú, amada?

Quizá la echaste a la mar,

en la botella del alma.

Y te fuiste a navegar,

sobre las olas ya blancas

en aquel velero rojo,

de velas desgastadas.

Y yo te sigo aguardando,

en la playa de arena lisa,

sobre el cabo del faro negro

con la mirada perdida.

Y yo te espero noche tras noche,

y yo te espero día tras día,

que aparezcas sobre el Mar de Oriente

con la llave de mi alma henchida.

Y amor, yo seguiré esperando

hasta qué decidas aparecer

y espero que cuando lo hagas

al fin me sepas querer.

Cuando terminé de leerlo lo volví a doblar pero en vez de meterlo en el abrigo de nuevo me lo metí dentro del pantalón. Eran palabras bellas llenas de un amor puro.

No dejarían que las quemarán como si jamás hubieran existido.

He aprendido que la mejor forma de borrar la existencia de alguien no es con su muerte, si no borrando sus recuerdos, sino hay nada que te ate al mundo terrenal nadie será capaz jamás de recordarte.

Porque la mejor forma de destruir una civilización es borrando sus huellas, su arte.

Eso lo he aprendido aquí.

Un saludo,

Julieta.

5 de enero de 1944.

Querido Romeo:

Hoy vuelve a ser mi cumpleaños. Hace dieciocho años ya que nací. Soy adulta y una mujer a los ojos de todos cuantos me rodean. He pensado en ti todo el día. He recordado en olor de tu cabello y el tacto de tus manos, el sabor de tus besos y la luz de tus sonrisas.

Te he escrito algo, en este día tan importante para mi, para que el día de mañana, muy lejos de aquí, nos podamos reír los dos, de lo que aquí yo te escribí.

He soñado cada noche

contigo y con tus besos,

he murmurado tu nombre,

dormida entre recuerdos.

He preguntado a la luna,

qué quién eras, sin más,

tú solo has respondido:

Soy Romeo, amor, nada más.

He aprendido que quererte

juego fácil no será,

pero por querer amarte,

voy a intentar luchar.

Que en mis sueños por la noche

a ti te oigo susurrar,

mi nombre dulce a las estrellas,

dices: ¿Julieta, dónde estás?

Un saludo,

Julieta.

P.D: Compra un pastel y apaga las velas por los dos, sopla fuerte para que los deseos se cumplan y no le digas a nadie lo que has pedido, por favor.

14 de febrero de 1944.

Querido Romeo:

Hoy ha llegado una chica nueva al pabellón de Canadá. Se llama Orina y es de origen italiano, como nosotros. Procede de Napoles y la atraparon a ella y a su familia cuando intentaban cruzar la frontera, por los Apeninos.

Al llegar se arrodilló en el suelo cubierto por una fina capa de mugre, respiró hondo y pidió ayuda. Quería rezar por su padre muerto, por su madre y sus dos hermanos pequeños, que habían fallecidos a manos de los nazis dos días antes de llegar.

Yo me acerqué hasta ella y le tendí mi mano y me arrodillé. Entonces todas comenzamos hacerlo. Miramos al cielo y juntamos nuestras manos en un circulo perfecto y, judías y católicas, murmuramos en voz alta. Cada una pedía algo. Cada una soñaba con algo.

Orina y yo cerramos los ojos a la vez y pronunciamos las palabras del Kadis con respeto y resignación.

Mientras pronunciaba aquel rezó a los muertos pensé en mi madre y en mi padre, en Annia, Marta, Ronan y Tristan y, finalmente, pensé en María y en su hijo nonato. Pensé que hubiera sido de ellos si hubieran nacidos en otras épocas.

Quizá Annia se hubiera casado con un buen chico y hubiera aprendido a sonreír.

Y Ronan se hubiera convertido en el jefe y revolucionario de su propia

empresa.

Y Tristan hubiera sido un músico famoso y habría tocado en Londres con su violín.

Apreté más la mano de Orina.

Y María se habría casado y hubiera tenido un hijo con el hombre que amaba.

Y Marta hubiera visto crecer a Alba.

Cuando abrí los ojos de nuevo me sorprendí, porque hacía mucho tiempo que no lloraba.

Un saludo,

Julieta.

4 de mayo de 1944.

Querido Romeo:

Hoy he soñado cuando nos besamos por primera vez. Fue en 1939, el mismo año que comenzó la guerra. Si fuera otra persona, alguien más soñador y entusiasta, divagaría sobre que ese fue el comienzo del fin.

Pero no soy así, lo sabes.

Creo que me hice mayor conforme iba transcurriendo esta guerra, madure.

Me hice mayor de golpe. Me ilusione y vi mis esperanzas pisoteadas, reí y lloré, sufrí y quise.

He experimentado tanto en tampoco tiempo que mi corazón explotará si continuo así. Dudo que un cuerpo humano pueda albergar tanto dolor y al mismo tiempo, tanta esperanza.

Pero somos humanos, somos débiles y fuertes al mismo tiempo.

He escuchado decir que nos quieren eliminar, que somos una raza inferior a la que deben exterminar.

Es por el bien común – he llegado a oírles decir.

Pero al mirarlos veo rostros y manos, veo piernas y un cuerpo que se mueve gracias a la sangre bombeada por un corazón. Somos iguales que ellos, pero nos ven distintos.

Un saludo,

Julieta.

5 de junio de 1944.

Querido Romeo:

Natallie ha enfermado y Amelia dice que no le queda mucho. Sufre grandes fiebres durante la noche y el día y las alucinaciones que tiene no la dejan descansar lo suficiente para que, si pudiera, se recuperará.

Lloró profundamente por ella en su agonía, y nadie hace nada.

No le traerán medicinas y la dejarán morir aquí, lamentándose y sufriendo.

Si al menos tuviera morfina – le oí decir Amelia, entre suspiros.

Hoy Natallie me ha mandado llamar entre susurros y jadeos, presa de la fiebre. Me he acercado hasta ella, y con cuidado, he posado una mano sobre su torso.

Natallie – he dicho.

Voy a visitar a María – murmuró.

Yo cerré los ojos con fuerza, las lágrimas se agolpaban en mis cuencas.

No digas eso – le rogué -, por favor...

Mi abuela solía hacernos Studel los Sabat, antes de ir a la sinagoga. Los preparaba el viernes a la madrugada... - tosió con fuerza, un hilillo de sangre le manchó el vestido a rayas -. Estaban buenos – sonrió con

tristeza -. Éramos dueños de una panadería en París, cerca del Sena... Así que eran buenos...

Debes guardar fuerzas – le aconseje, me senté en la cama, junto a ella, y le aparte el graso flequillo de la cara -, ¿si? - sonreí.

Pero después del Vel´ d´Hiv todo cambió. Fue el 16 de agosto de 1942. El día que los parisinos entregaron a sus propios parisinos – sonrió con ironía, después su sonrisa se apagó -. Mi abuela era mayor, no llegó ni siquiera al tren. No sé donde dejaron su cuerpo...

Abrazó con ternura a Natallie.

Todo está, bien ¿vale? - consigo decir.

Eran mis amigos... - murmuró.

Yo soy tu amiga – le dije.

Natallie giró la cabeza hacía mi.

Lo sé – sonrió con dulzura -. Gracias por ser mi amiga, Julieta.

Después de eso Amelia llegó y me pidió que dejará descansar a Natallie, que le vendría bien, pero ambas sabíamos la verdad.

Que era demasiado tarde para ella.

Natallie murió al amanecer siguiente, reuniéndose al fin con su abuela y con María, que donde fuera que se encontrarán, la estarían esperando.

Cuando vimos su cuerpo, frío, por primera vez, Alba cogió mi mano entre las suyas.

¿Estás bien? - me preguntó.

Yo asentí con tristeza.

Está en un lugar mejor – dije con simpleza.

Y esperé que así fuera.

Porque deseaba que fuera verdad.

Porque Natallie, sobre muchas cosas, se merecía algo de felicidad.

Un saludo,

Julieta.

12 de septiembre de 1944.

Querido Romeo:

Vi marchar a niños, ancianos y mujeres hacía el otro lado del campo, hacía las duchas y aparté la vista. Entonces escuché como alguien decía mi nombre y lo gritaba con fuerza levantándose por encima del murmullo de la multitud.

¡Julieta! ¡Julieta!

Me costó reconocer la voz, pero, al hacerlo, corrí hacía ella con todas mis fuerzas.

Rosa me abrazó con fuerza delante de las duras miradas de algunos soldados alemanes.

Sigues viva... - dije y la abracé con fuerza.

Un soldado nos grito, diciéndonos que nos apartáramos. Rosa se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

No por mucho tiempo – susurró – me llevan a las duchas, niña.

Yo tragué saliva. No sabía que decir, las palabras me abandonaron y yo me sentí indefensa sin ellas. Rosa alargó la mano y me acarició la mejilla.

Debes vivir, ¿vale?

Y yo asentí y le bese en la frente.

Después cogió mis manos y las acunó entre las suyas y depositó algo sobre las mías, era una cuerda, un simple cordón.

¿Sigues teniendo la llave? - me preguntó.

El tiempo corría en contra nuestra y no tardé en responder.

Si – afirme.

Úsalo – me pidió – es... es lo único que me queda de Tristan y no quiero ir con él adónde sea que vaya.

Cuando lo volví a mirar vi que en realidad aquel cordón era una fina cadena de plata, abrí la boca, pero de ella solo salió un gemido lastimero.

Me pregunte cómo la había escondido. Me pregunté por qué se había jugado la vida con eso.

¿Alba está bien? - quiso saber, se iba apartando de mi poco a poco, la gente comenzaba a empujarla, pero en el mundo me pareció que solo estábamos ella y yo.

Si – afirme y le sonreí con dulzura.

Cuídala.

Lo haré – prometí.

Y Rosa desapareció en un mar de gente de destino incierto cuyos rostros eran testigos de la desesperación.

Yo aferré la cadena con fuerza y prometí no soltarla jamás.

Siempre tuya,

Julieta.

15 de diciembre de 1944.

Querido Romeo:

El tiempo pasa y no se detiene y yo escondo la llave colgada por una fina cadena de plata en mi cuello. En Auschwitz la gente muere de hambre, se desmallan y caen y jamás vuelven a levantarse.

En nuestro pabellón solíamos ser fotografiadas a menudo por los soldados alemanes, nos encontraban algo bonitas y no tan escuálidas como el resto y para la historia si nos veían así sería mejor.

Intentaban tapar el sol con la punta de los dedos.

Yo me reía en silencio de eso.

Las cosas están comenzando a cambiar, hay rumores de que los Rusos y aliados están comenzando a ganar y ahora estamos esperanzadas y tenemos ilusiones y sueños sobre salir de este lugar.

Ojala pueda volver a verte, ojala sigas vivo en algún lugar.

Un saludo,

Julieta.

21 de diciembre de 1944.

Querido Romeo:

Mañana iré a las duchas.

Me pillaron robando palabras de poemas y libros cogidos de los restos de otras vidas y ahora pagaré muy caro por ello.

Me gustaría despedirme de ti apropiadamente pero no puedo. Hay algo dentro de mi que dice que mañana no moriré, que seguiré viviendo, que no faltaré a mi promesa y cuidaré de Alba y que te volveré a encontrar.

Me lo susurra el viento cuando se cuela por las gritas de Canadá y el murmullo de la victoria lejana que ahora comenzamos a escuchar.

Me lo dice mi sangre, mi mente y mi cuerpo. Me lo grita mi alma prisionera del mismo.

Me quedan muchas cosas que vivir y padecer. Tengo esperanzas y sueños que cumpliré, aun me quedan besos y abrazos que dar y recibir y cartas que escribir y partituras que cantar.

Aun me queda llorar por los que se han ido y reír por los que vendrán.

Qué es la vida, Romeo, si no una sucesión de hechos que transcurren, de personas que vienen y van, de sucesos e historias entrelazadas.

Qué son estas cartas sino otra historia más que algún día alguien leerá.

Una vez me dijiste: <<Toda historia tiene un principio y toda historia tiene un final>>. Pero este no será el fin, será otro comienzo más.

Porque la vida, a fin de cuentas, es una obra de teatro que no tiene final, el telón solo cae cuando tu quieres acabar.

Quisiera decirte tantas cosas, pero no puedo, porque no hay tantas palabras y tiempo como me gustaría.

Quisiera hablarte por última vez de los horrores que he visto, pero te hablaré de esperanzas.

Hay cosas más poderosas que la muerte o el odio, la angustia o el olvido y esas cosas son la fe.

La fe impulsa a las personas, las levanta y les da ánimo, nos alumbra en la oscuridad. La fe vence a las guerras y a las desigualdades, la fe nos da vida.

Porque creer nos da vida.

Porque creer es amar.

Porque esto no es una historia triste, es la historia de otra vida más.

Te amo, siempre tuya,

Julieta.

Epilogo:

Una mujer llama a la puerta de una pequeña casa de pintura blanca y descolorida a las afueras de Madrid. Es de origen italiano, de ojos grandes y de pelo oscuro, su rostro está plagado de arrugas, sus labios son finos y su cuerpo menudo. Porta con ella un pequeño baúl de bisagras doradas, el cual una vez perteneció a su madre.

Como nadie le responde vuelve a llamar otra vez con los nudillos de su mano izquierda. Tiene la boca seca y se pregunta si está haciendo lo correcto, aunque ella ya sabe que sí. Escucha pies que se arrastran y espera.

Un hombre abre la puerta.

Él es alto, de pelo ya cano y ojos color almendra molida difuminados por las cataratas, tiene las manos grandes y la camisa remangada. En su rostro se dibuja la sorpresa y la confusión.

¿Si? - pregunta el hombre.

Tiene unos ojos amables.

La mujer traga saliva, lo mira durante unos segundos.

¿Romeo? ¿Romeo Montesco? - le pregunta.

El hombre se sobresalta, hacía demasiado tiempo que nadie lo llamaba por su verdadero nombre.

Demasiado tiempo para que el mismo lo recordarse.

Se inclina sobre la mujer.

Si – afirma.

La mujer le enseña el baúl, sobre él hay una pequeña llave con una cadena de plata. El hombre la reconoce, mira a la mujer de nuevo.

A ella le hubiera gustado que las tuvieras tú, las escribía para ti – dice la

mujer.

El hombre se lleva las manos a la cara y comienza a llorar, la mujer deja el baúl en el suelo con cuidado y apoya una mano sobre su hombro.

Ambos se ven las muñecas desnudas, en ambas hay números tatuados, ninguno de los dos las esconde.

¿Cuándo? - pregunta el hombre -. ¿Cómo?

Fue la mañana del 22 de diciembre de 1944, se la llevaron a las duchas.

El hombre se enjuaga las lagrimas y mira de nuevo a la mujer. Se pregunta tantas cosas...

¿Quieres pasar...?

Alba – dice entonces la mujer.

¿Quieres pasar, Alba? - vuelve a preguntar.

Y la mujer asiente y pasa al interior de la casa de Romeo donde hablan sobre la vida de Julieta.

Agradecimientos:

Me gustaría dar las gracias a muchísimas personas, demasiadas, así que voy a ser un poco genérica (tan solo por esta vez, perdonarme).

Gracias a Gloria, quien fue la primera en leerse este libro y, para variar, le emociono, aunque solo fuera un poco.

Gracias a mi madre, quien tardo tan solo tres meses en empezarlo y dos días en acabarlo.

A mi padre, quien soñaba con esto más que yo.

A mis amigos, por estar siempre presentes y, a veces, llevarme de paseo para inspirarme (y sí, me inspiraba). Y dejarme claro que querían leer esto, gracias.

Y por último, no menos importante, gracias a todos vosotros que lo leéis, en serio, sin vosotros esto sería tan solo un sueño que no se hubiera hecho realidad.

Gracias.